

LA NOCHE, escultura de Miguel Angel
(Existente en la capilla de los Médicis, en Florencia)

LOS PENSADORES

OBRAS A GRANEL...

La Editorial Claridad pondrá en venta durante el corriente mes de julio las siguientes obras:

- Día 6 — LOS POBRES, libro de cuentos de Leonidas Barletta, con ilustraciones en madera por José Arato. — 5.º volumen de **Los Nuevos** — 50 cts.
- „ 7 — LOS PENSADORES, revista, N. 112 - 20 cts.
- „ 7 — MARGOT, novela de Alfredo de Musset. — Vol. 10 de **Clasicos del Amor** — 30 cts. ::
- „ 13 — LAS ANGUSTIAS y otros poemas de Rafael De Diego. — Vol. 31 de **Los Poetas** — 20 cts.
- „ 14 — UNA INVERNADA EN LOS HIELOS, Novela de Julio Verne — Vol. 2 de **Novelas de Aventuras** — 20 cts. :: :: :: ::
- „ 15 — EL MONSTRUO, horripilante descripción de la vida de un degenerado, por Elias Castelnuevo. Edición especial a 20 cts. :: ::
- „ 15 — HISTORIA DE LA DOCTRINA NATURAL por el Dr. L. Gambara, profesor de la Universidad Central de Madrid. — Vol. 30 de **Biblioteca Científica** — 20 cts. :: :: ::
- „ 27 — COSAS Y TIPOS por Juan A. Solari - 30 cts.
- „ 28 — TEATRO CONTEMPORÁNEO — 20 cts

Estas ediciones estarán en venta en todos los Kioscos, puesto de periódicos, librerías del interior y estaciones de ferrocarriles y subterráneo.

Los pedidos a la administración se remitirán francos de porte.

EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)

BOEDO 837 — Casilla de Correo 736 — Buenos Aires

DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 736

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999, Mitre

CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Aparece el primer martes de cada mes

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO \$ 2,50 m/n.
En los demás países
AÑO \$ 3.00 oro
Cada ejemplare 20 cts.

AÑO IV

Buenos Aires, Julio de 1925

N. 112

AL MARGEN

LOS CAPUCHINOMANOS

O LA CULMINACION DE

LA IMBECILIDAD :::

Los de la "literatura de vanguardia" preparan un recibimiento a Gómez de la Serna, que es la más alta cumbre de la imbecilidad humana. En este hombre se compendian todas las calamidades de la época. Es el representante genuino del muchacho onanista, cínico, ruidoso y envanecido de nuestros días.

Ha publicado 80 libros — dicen sus discípulos; — y nosotros agregamos: (permiso, Evar González Méndez), aunque publicara otros 500, de la Serna con sus 580 libros sería siempre lo que es: una especie de forúnculo de la literatura.

Un escritor que publica, no ya 80 sino 10 libros buenos, se hace famoso en el mundo. A nuestro Manuel Gálvez, que escribió una vulgar novela del suburbio lo tradujeron al inglés y al alemán. En cambio, de la Serna, para salir del casi anónimo en que vive, tiene que alternar sus greguerías con piruetas. Y a pesar de sus payasadas y de sus globos de colores, sólo lo veneran los iniciados en la "literatura del disloque", que, aquí, en Buenos Aires, no pasan de media docena, incluso Hipólito Irigoyen y Petroritti. Media docena de González que han salido a disparatear y que inducen a engaño a la opinión pública, aprovechando su estada accidental en algunos diarios. Estos son los que admiran a de la Serna, "el suceso más extraordinario de la literatura de todos los tiempos", según ellos. Ahora bien, este es el fenómeno que viene a nuestro país a dar conferencias "gráficas". Y nosotros preguntamos: ¿no tiene vergüenza este hombrón de ir paseando "sus muñecos" y sus gestos y sus pamplinas ante un público que sabe que España está irremisiblemente perdida por la frivolidad y la charlatanería de sus hijos? La pobre España... pero hablemos de nuestro país. Hablemos de los que han dado en la imbecilidad de la greguería, aquí, en nuestra ciudad que es punto de concentración de cuanta calamidad ambula por el mundo.

Este año nos visitará el príncipe de Gales, el príncipe de los Kurdos, el fenómeno de la Serna que va a dar conferencias desde un ascensor descompuesto... Entretanto, nuestro pueblo es un pueblo corroído por la más espantosa miseria. Una miseria moral y material. La ciudad está llena de conventillos. El olor a mugre trasciende, flota, llega hasta la calle Florida, se mete en el Jockey, resbala por las vidrieras de los magazines de la aristocracia. No

lo sentimos porque estamos habituados a olerlo. Todos los sitios de nuestra ciudad huelen a podrido. Los jardines, los palacios del gobierno, la casa de la justicia, las escuelas...

Este es un pueblo que está a punto de ser devorado por la lepra de todos los vicios. Todos son venales. Jueces, abogados, legisladores, jefes, polizontes, todos roban en la impunidad de sus cargos. No existe la justicia. La actual sociedad no puede darnos hombres dignos de ejercer tal ministerio. No se puede condenar al ladrón, en conciencia. Roba más el comerciante. No se puede castigar en conciencia al asesino. La avaricia patronal comete crímenes más repugnantes que los que llenan las columnas de los diarios. No se puede despreciar a la prostituta. El matrimonio, aquí, es una forma de la prostitución. La abstinencia por falta de medios y por prejuicios nos hace convivir con generaciones de masturbadores. (Este nos parece que es el punto de partida del ultraísmo. Literatura, pintura y música de masturbadores para onanistas.) Nuestro pueblo sufre la más espantosa de las miserias. Espantosa e indigna porque es disimulada. La prostituta de oficio parece una mujer casera, la prostituta del hogar se viste como una mujer pública. Cualquier empleadito se trahea con el último figurín y 25 días del mes se los pasa sin almorzar alimentándose a café y leche. Este es el mal nacional. Lo padecen también nuestros artistas. Es raquitismo intelectual y físico. Mala alimentación. Nadie come bien. Obreros, empleados y artistas languidecen y desbarran por falta de alimentación. Si se les diera de comer bien a los ultraístas, se callarían la boca. Pero el hambre no les acosa porque lo distraen en las innumerables lecherías que llenan la ciudad. Aquí se ha inventado el vocablo "capuchinómano" que define al viciado por el café con leche. Cuando alguno desvaría se dice de él que es un "capuchinómano". Y es por esto que nuestro arte huele a frito de lechería. En ninguna otra parte no siendo en una lechería, ningún hombre regularmente nutrido, puede componer esta frase: "el saturnino azul filieida". Es un caso clavado de "capuchinomanía".

Las mujeres, las mujeres también sufren de raquitismo. Ponen polvos de Coty sobre la mugre del cuello. Usan guantes y tienen el cabello blanco de liendres. La suciedad, el hambre, las enfermedades, en suma, se ceban en el pueblo. Hay un porcentaje bárbaro de analfabetos, de tuberculosos, de sifilíticos, de tiñosos... Y es sobre las cabezas piojosas de estos desdichados, sobre el dolor de un pueblo podrido por el capitalismo, que estos macacos de la literatura vienen a hablarlos de sus payasadas y de sus greguerías. Imbéciles.

LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

No se crea el lector que nos vamos a referir a la comedia de Benavente. No; se trata ahora de nuestra ciudad, la ciudad de los buenos aires de Santa María de Dios, de esta ciudad que nunca tuvo motivo para estar ni alegre ni confiada. Su estructura siempre fué tétrica y sobre su cabeza se cernió el zarpazo de cuanto pirata la imaginó alegre y confiada, más confiada que alegre. Pero ahora desaparecerá la tristeza legendaria de Buenos Aires. La ciudad siempre confiada ha encontrado sus apóstoles que la salvarán de la tristeza de sus conventillos, de la miserable situación de sus fábricas antihigiénicas y sus talleres engendradores de tuberculosis. Buenos Aires se va transformar en la maravillosa ciudad que el socialista Bellamy nos pinta en su libro *El año 2000*. Buenos Aires va a ser el primer paraíso de la tierra. Hasta los que viven del robo criminal o del robo calculado en el comercio que la mala fe de los financistas abre para salvar las dificultades de los que necesitan provisiones, estarán ephorabuena ante los proyectos que la flamante asociación de vagos denominada *Amigos de la ciudad* se propone desarrollar. Estos amigos defenderán a su amiga de todos los contratiempos que el destino ponga a su paso lento, pero majestuoso como el de una dama de abolengo linajado que cubre con sus trajes de seda la mugre y los vicios que su ociosidad acumula en las horas de concupisencia que su privilegiada situación le brinda.

Los amigos de la ciudad son gente animada de propósitos altruistas que se proponen hacer un sacrificio heroico. Son gente que se acuerdan de la ciudad cuando menos pueden hacer por ella. Algunos amigos de la ciudad han sido funcionarios públicos que nada hicieron por el progreso de Buenos Aires cuando tenían la obligación de hacerlo. Los que en el Concejo Deliberante se opusieron tenazmente al impuesto a la tierra libre de mejoras porque atacaba los "sagrados derechos de *utere* y *abutare*" de ese patrimonio tan natural y común como el aire, el sol y el agua; los que sólo se acuerdan del norte, donde residen la mayoría de los parásitos y olvidan el sur donde purgan la maldición la gran falange del trabajo, no tienen derecho a constituirse en amigos de la ciudad.

Esos señores no tienen ningún derecho a llamarse amigos de la ciudad, porque siempre han sido y serán los peores enemigos de la verdadera ciudad. La amistad se demuestra sin necesidad de pregonarla. Sin otro fin que el de hacerse la apología con pretensiones de pasar a la historia, no se hace obra ni en favor de la ciudad ni de nada ni nadie.

Los amigos de la ciudad deben figurar en la historia, sí, pero en la *historia natural*...

LOS CONCIERTOS DE ANSERMET

Es indudable que el nivel de la cultura musical en nuestro país ha mejorado sensiblemente. Hace apenas unos años los conciertos eran escuchados por un centenar de personas, de las cuales ochenta eran estudiantes o profesionales de la música. Actualmente las salas de los conciertos se llenan de bote en bote, y este es el momento en que vamos a ver la buena música ya que la perspectiva de hacer negocio empuña en muchos casos el propósito puramente artístico.

Ya está la A. P. O. en su 4º concierto y todavía no ha compuesto un programa coherente. Es lamentable que esto suceda precisamente cuando todo empezaba a marchar bien. La orquesta bajo la batuta del extinto maestro Drangosch en los ensayos y dirigida por Ansermet en sus presentaciones públicas, había logrado adquirir una eficazísima disciplina. Sin llegar a la perfección, año tras año ha ido mejorando y así, en la presente temporada, se puede notar una mayor unidad de conjunto y un mejor acuerdo entre los instrumentos de metal y los de cuerda.

Pero esto se malogra en parte ante la perspectiva del negocio. Y los programas se componen "para mantener el abono". De modo que los que esperábamos alguna independencia en los miembros de la Asociación, nos vemos ahora defraudados.

Y no se nos tache de injustos. Tenemos el programa del 3er. concierto de abono, Beethoven, Vivaldi y Wagner; Castro, Debussy y Ravel. Es decir: una ensalada. Ni la primera audición del "Concerto Grosso" de Vivaldi salva a este desarticulado programa. Después de oír la expresiva "Overture de Leonora", estamos mejor dispuestos espiritualmente a percibir la espesa tristeza del "Concerto Grosso" para cuerdas, tristeza que parece nacida en la zozobra de nuestra vida. El maestro canta su pena en frases largas, ardientes. A veces no es más que una vocecita trémula y quejosa y en seguida en un "crescendo" angustioso toda la orquesta retoma el motivo central.

Viene después de este hermoso concierto, "Murmillos de la selva", y asistimos al despertar del bosque con sus cambiantes murmullos, con sus clarinadas de alegría, hasta que el sol inunda ya el paisaje.

Aquí se hace un breve intervalo y cuando todavía vibran en los oídos los trompetazos de gloria del fragmento de la ópera de Wagner, se pasa a ejecutar "Dans les jardins des morts", de Castro, que es un joven compositor, primer violín de la orquesta con Remo Bolognini. Es una pieza absurda, de corte modernista, caleada sobre molde extranjero. Deshilvanada siempre, llegó a provocar una sensación de cansancio por su farsedad. Pero el público aplaudió tras el bostezo, porque se trataba de un compatriota. Y ya en franco tren de modernismo, se realizaron los consabidos nocturnos de Debussy — "Nubes y Fiesta" — que lo mismo podrían ser composiciones matinales sin tema y sin medida. Finalmente, "La valse" de Ravel. Se trata de un vulgar valse de cinematógrafo puesto en música de jazz-band. Ruidos extraños, pitos, sirenas. A lo sumo esto podría servir para una revista teatral. Ahora bien: con estas desgraciadas cosas — ¡parece increíble! — se mantiene el abono de las niñas históricas de nuestra aristocracia (?) que van a recibir impresiones de una música que no es música ni nada, porque se ha puesto de moda en Francia apoyar a los payasos del modernismo. Rebuzzos, relinchos, coeces; aquí el canto de un gallo, allí la campanilla de un reloj despertador. Una música que fatiga, mareca y fastidig. Música de candombe que los dirigentes de la A.P.O. no tienen empacho en mezclar con las piezas de los maestros que veneramos.

SIFILIS Y GONORREA

INTELLECTUAL :: ::

La ciudad ha sido empastelada con carteles demostrativos sobre la terrible enfermedad de la sífilis y la gonorrea. Con valentía y gran coraje la Liga de Profilaxis Social ha mostrado a los ojos de los indiferentes, conscientes y puritanos, tres aspectos de las consecuencias a que conducen la sífilis y la gonorrea. Ha desnudado al hombre y al niño y lo ha presentado con la llaga viva y con la herencia fatal que ha contraído y con la cual ha dejado de ser lo que era y no será lo que debiera ser. Ante esos cuadros, quien tiene consciencia ha experimentado sensaciones horribles y perturbaciones mentales que lo han colocado en la situación que demuestra el cartel y fatalmente ha tenido que hacerse reflexiones profundas. Siempre que presuma la posibilidad de contraer una enfermedad igual a la que ese cartel le muestra, tomará las precauciones necesarias para evitar el dolor y la vergüenza que experimentaría en tal situación. Esos carteles han hecho el efecto de un triste espectáculo donde se muestra la degeneración que se cierne sobre nuestros sentidos. Esa ha sido la mejor propaganda que la Liga de Profilaxis Social ha hecho hasta la fecha. Esa propaganda sugiere a la fuerza, porque a todos le muestra a breve distancia el mal que los persigue y se termina por producir el principal objeto que se anhela, que en salvaguardia de la salud propia y la de nuestros semejantes, se lucha contra ese fatal flagelo que avanza terriblemente contra la salud física y moral de nuestra especie.

Bien; toda persona honrada ha aplaudido la actitud de la Liga de Profilaxis Social, por las razones más o menos parecidas a las que acabamos de exponer; pero nunca faltan alcornoques y viejas hediondas que ponen el grito en el cielo en cuanto se demuestran lisa y llanamente las cosas tal cual son. Nuestra sociedad corrompida por todas partes continúa empeñada en demostrar que todo lo que reluce es oro aun cuando debajo del brillante metal el lodo corra en todas direcciones.

Por ese prejuicio puritano, el diario de la farola, que pretende ser el faro más potente de su género, aun cuando su luz esté alimentada por la hez de la propaganda de todo negocio de trapisonda, ha puesto el grito en el cielo porque esa campaña *“ofende sentimientos de pudrición y delicadeza de personas que por su condición social y media en que viven, no tienen necesidad de enterarse de esas advertencias”*. Los privilegiados de la fortuna hija del robo y la piratería, se ruborizan ante la demostración del mal que ellos han causado. El más feroz criminal confiesa su delito cuando se lo prueban, y se horroriza por los estragos causados. Esto es más o menos lo que ocurre; y si nos atenemos a informaciones científicas sabemos que el origen de la sífilis, la avariosis, gonorrea y demás enfermedades contagiosas y terribles, a las que *“La Prensa”* designa con el nombre de *“ciertas enfermedades repugnantes que azotan a la humanidad a consecuencia de sus vicios”*, provienen de los actos de sadismo de esa clase holgazana y viciosa que, a falta de preocupaciones, practica toda clase de actos contra natura,

unas veces por perversos instintos que provienen precisamente por el medio en que viven, en cuanto a los hombres, y otras, las mujeres, porque debe acariarse al can o al felino para guardar la línea que ha de exhibirse en el sarao o el palco *avan-escene*. Por eso comprendemos que *“La Prensa”* se exprese en tales términos; explicamos que de esa alarma se hagan eco individuos que con su apellido hacen competencia al nombre común del patriarca de la raza bataraz. Pero lo que no nos explicamos es que con tales opiniones y en actitud de niño fifí, se haya solidarizado el concejal *“socialista”* Ghioldi, el mismo que acostumbra a repetir en conferencias sobre cuestiones sexuales, lo que ha dicho Forel, aunque muchas veces no lo cite. Nos explicamos, en fin, que proteste *“La Prensa”*, Gallo y Ravignani, pero nos ha sorprendido que Ghioldi piense también con cabeza de melón.

Dejamos constancia de nuestro aplauso a la Liga de Profilaxis Social por su valiente propaganda, y satisfaciendo lo que algunos lectores nos han pedido, expresamos nuestra solidaria protesta contra todos los alcornoques, contra todos los mentecatos que tienen miedo a la verdad.

¡MARAVILLOSO!

La Nación ha publicado un comentario estupefaciente, sobre el foco de señales que se llevó por delante un automóvil la otra noche. Cuando aparece un comentario de tal naturaleza, en el cual se hace burla de los discursos, las placas conmemorativas y otras tonterías por el estilo, ya se sabe que no deben estar escritas por Suárez, ni por Larreta, ni por un señor ilíngico de todos los días. Se adivina a Canela, por ejemplo, o se sospecha, de su pluma. Si no es él quien lo ha escrito, es alguno que lo imita muy bien o le ha tomado los puntos. Quizás Gerchunof, por los adjetivos... Es todo un acontecimiento, la noticia de marras, *“Una inauguración anticipada”*, dice a las claras que hay todavía gente de talento en los grandes diarios, gente de talento que se siente libre, pues para dar a la estampa un comentario festivo tan interesante y pícaro, se necesita sentirse libre y olvidarse que uno está en *La Nación*.

Cosas así, artículos y glosas por el estilo, sorprenderán gratamente a ese cultísimo espíritu que se llama Sanjin Cano, ayudándole a comprender nuestra idiosincrasia. Alegrémonos, pues, y que se repitan.

¡ESTE HUGO WAST!

Este Martínez Zuviría a nosotros nos hace reír. Mire que poner en venta los originales de *“El desierto de piedras”*, es cosa que llama a risa. No vale una pedrada, ni el techo de *“La casa de los cuervos”* y pone en venta los manuscritos de su Desierto... Y, como en nuestro país, hay quien paga por un caballo mucho dinero, aparecerá algún rico nuevo que adquirirá los originales, para tener en su casa a don Hugo Wast, en el escritorio y junto al retrato del último caballo ganador del premio *“Comparación”*.

¡Qué original es este señor Hugo Wast! ¡A nosotros, nos hace reír!

LOS MUÑECOS

El dos de Julio, según "La Nación", cumplió años, uno de los hombres populares de Buenos Aires. Este acontecimiento, originó un artículo graciosísimo en el diario de la calle San Martín. Decía el sueltito que debía tener un feliz natalicio, quien "hace con filosófica bondad, el regocijo de tantos"...! Es el caso de un viejo muñeco de 70 años, ¡que entretiene!

¡Ah, para los señores que se entretienen con muñecos así, la vida debe de ser una cosa muy distinta de los demás! Y, para el hombre que ha representado la terrible comedia del entretenimiento, será objeto de amargas reflexiones el homenaje del articulista de *La Nación*. Porque hay otras personas que cumplen la misma edad, con una vida más ejemplar y aprovechada, y que no tienen un fulanito que les alegre la vida, en sus postrimerías, con un justiciero artículo. ¡Cualquier maestro de setenta años, lo merece más, pero en *La Nación* se callan!

¿Y GABRIEL?

¿Dónde está José Gabriel? ¿Por qué no se hace el malo y protesta y vocifera y adopta actitudes heroicas de crítico feroz? ¿En qué terminó su posición filosófica y sus arremetidas contra los autores que él creía malos?

Ya no se mete con la Stormi; ya no saca diez puntos en gramática; ya no habla de sí mismo; ya cierra el diccionario; ya no busca citas en los libros; ya dejó de ser precoz... En una palabra, que el mocito del novecientos ha quedado reducido a una colección de artículos que leerá por las noches para recordar su precocidad. Como lo aprendió todo en los libros, los libros se han vengado. Parece una hojita verde entre dos páginas apretadas. Pero una hojita de yerba venenosa...

PRINCIPE DE GALES

El príncipe que esperamos — o que esperamos más bien, en las esferas oficiales — es la personificación del inglés antipático que encontramos en la calle, en el tren, en el tranvía, grave, dueño del mundo, despreciándonos a cada momento. — Vamos a aguantar al príncipe, a ese príncipe que ha pasado revista a sus carnavalescos súbditos indígenas, riéndose de sus plumas y haciendo mofa de sus dolores de pueblos bárbaros. Vamos a festejar, con nuestra tolerancia, al príncipe que ha sonreído al contemplarse en fotografías estúpidas su figura noble, al lado del jefe negro o del ridículo rey indígena. Van a llenar de banderas la ciudad, para dar la última fiesta a un príncipe y como Buenos Aires, según Vargas Vila, sólo sabe recibir a los pugilistas, recibirá muy bien al polista príncipe de Gales.

Vamos a soportar su sonrisa benévola, casi espontánea, aprendida y ensayada en su largo y fantástico viaje por el Africa. Vamos a verle fotografiado al lado del presidente, satisfecho y feliz, al parecer. Y, vamos por último, a contemplar el papel ridículo de nuestras mujeres, babeándose por el príncipe y con él bailando. Y, así como en las exposiciones, se venden vacas cubiertas por tal o cual pastor — cosa que eleva su precio — vamos a leer la lista de las niñas que "han bailado con el príncipe", elevando de esa manera el pedigrée de sus familias. Por ejem-

plo: Fulana de Tal que ha bailado anoche con el príncipe de Gales, será consagrada en matrimonio con Fulano de Tal.

Y, al leer estas cosas, no rompa uno con la ordenanza municipal de no escupir en la vereda!

TODOS CONTRA EL MORO

La gloriosa, la grande Francia, la Francia de la justicia, con su Marsellesa y todo, ha llegado a un acuerdo con el reino de España para reducir al moro salvaje.

Francia, la mártir que lloraba la injusticia de ser atropellada por el Kaiser, declara hoy la guerra a muerte al moro que lucha por su libertad. Todo el mundo engañado por las lágrimas de codrilo de la gloriosa Francia, le prestó su ayuda en aquella emergencia.

Los países que no mandaban contingentes de hombres al sacrificio "boycoteaban" a los alemanes militaristas. Pero todo esto era una comedia de prostituta suburbana. Ahora, en la guerra contra el moro que pide su libertad, Francia vuelve a mandar sus hijos a la masacre, para defender al capitalismo que tiene sus posiciones en Africa. Hay que reducir al moro a la esclavitud para explotarlo. Y en esto están de perfecto acuerdo los republicanos y los monárquicos.

¡Ojalá Abd-el-Krin les retuerza el cuello a unos y a otros.

BALADA DEL SOBRETUDO NUEVO

Te has puesto el sobretodo nuevo y has sentido un poco de vergüenza. No lo niegues: has sentido vergüenza. Has puesto las manos heladas en los tibios bolsillos con la misma torpeza del que pone su mano áspera en el cuello de una mujer. Y después has salido a la calle y el frío no ha tenido otro remedio que morderte los bordes de las orejas y la punta de la nariz con sus dienteillos como agujas invisibles. Y has tenido vergüenza. No lo niegues. Y es que tú eres de los que miran a los ojos de los transeuntes y no estás hecho para llevar sobretodo. El abrigo es para los que se distraen tanto en la contemplación de sí mismos que llegan a olvidar que no están solos en el mundo; pero tú, en cambio, buscas en los ojos del que pasa el drama que te hace hermano del que sufre. Y así participas del dolor de tu hermano el transeunte. Y adivinas sus penas y sus dificultades y sientes como en tu carne sus sufrimientos. Por eso no puedes llevar tu sobretodo nuevo sin que te conturbe la idea del que padece de frío. No eres socialista, ni comunista, ni anarquista. Eres un hombre moral. No de la moralidad corriente, sino de una nueva moralidad a la que ofende la mínima injusticia. Quisieras para el hombre lo que es del hombre. Tienes hambre y sed de justicia de clase. Sabes, sí, que los ricos tienen también sus dolores y sabes que la muerte y la angustia y el temor iguala al menesteroso y al potentado; pero este se acoraza contra el frío y no sufre hambre ni se desespera por el frío y el hambre de sus hijos y no es una misma moral la del que tiene tres pares de zapatos y la del que se desangra los pies por los caminos del mundo.

Por todas estas razones, tú te has puesto el sobretodo nuevo, has metido las manos en los tibios bolsillos y luego has sentido una enorme vergüenza.

EL HERMANO

por LEONIDAS BARLETTA

Catalina llamó a su sirvienta Leocadia y le dijo:

—Mirá al muchacho de enfrente. ¡Qué hermoso es!

Leocadia miró a su vez por entre las persianas y sonriéndose murmuró:

—¿Es que vas a enamorarte, Cata?

Catalina no le respondió; siguió observando la ventana de la casa que enfrentaba la suya, y el fin dijo:

—Está escribiendo, debe ser estudiante. Sobre la mesa hay un ramo de rosas.

Leocadia agregó:

—Tiene los labios finos.

Y Catalina:

—Es rubio. El sol da sobre sus manos. ¡Qué manos nerviosas!

—Los ojos son enloquecedores — murmuró Leocadia suspirando. Entonces Catalina se volvió hacia ella, y con un gesto altivo le preguntó:

—¿Hiciste la cama? El imbécil del viejo ha revuelto todas las ropas.

Leocadia la miró con ojos de sastre que sabe en qué paño corta y pasó a la habitación contigua para ordenar el lecho. La casa era grande y silenciosa. En el vestíbulo había una percha, dos sillones y dos plantas, dos pobrecitas que amarilleaban sin luz y sin aire. Había un cuadro de evidente factura yanqui, que representaba a una mujer, con amplio sombrero de plumas, que dejaba ver la pantorrilla al subir a un ómnibus, mientras un "policemen" de grandes mostachos colorados, miraba con picardía. Después del vestíbulo, venía la sala, que tenía balcones. En la sala había un sofá y unas sillas tapizadas; una estufa barata y una piel de tigre. Un espejo con marco dorado completaba el mobiliario.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Leocadia miró por el ventanito y en seguida abrió. Entró un hombre de baja estatura, pobremente vestido, saludó y tomó asiento en el vestíbulo.

Leocadia, le dijo:

—Pase a la sala, si quiere.

El hombre la miró azorado:

—No... no, estoy bien aquí... pero... ¿hay que pasar allí?... si no me quedo... estoy bien aquí...

—¡Puede quedarse — dijo indiferentemente Leocadia.

Con un golpeteo de chinelas llegó Catalina. Por la abertura de su bata floreada se veía parte de su pecho, abultado, amplio, como el de una mujer que amamantase. Se sentó junto al hombre. Le miró con sus ojos enrojecidos de mal dormir y, pasando su brazo por los hombros, le dijo a modo de saludo:

—¿Cómo te va, italiano?

El sonrió estúpidamente. Agitó una mano haciendo un ademán ambiguo y respondió sin concluir la frase:

—Cuando me va mal... no vengo...; cuando me va bien...

Catalina abrió la boca en un enorme bostezo y se puso a mirar el cielo-raso que se estaba agrietando. El hombre entretanto le acariciaba una mano. En seguida preguntó:

—¿Cuánto hay que pagar?

Ella lo envolvió en una mirada de fastidio y preguntó a su vez:

—¿Cuánto tenés?

El hombre hundió la mano en el bolsillo y estuvo largo rato hurgando. Sacó unos pesos, sucios, arrugados, los estiró sobre sus rodillas y poniéndolos en la palma de la mano los mostró:

—No... no...; eso no — dijo Catalina vivamente.

—¿No alcanza? — preguntó, extrañado, y agregó unas monedas.

Ella volvió a mover negativamente la cabeza, él puso unas monedas más...

En ese momento volvió a sonar el timbre de la puerta. Leocadia corrió a abrir. El que entraba echó una mirada circular a la estancia, puso los brazos en jarra y miró a Catalina sonriendo. Era un tipo de hombre alto, de fuerte contextura, vestido con unos pantalones que le quedaban estrechos, una tricota de color azul marino y un sombrero de cuero, de esos que llevan los marineros para los días lluviosos.

Cuando Catalina lo vio se alzó rápidamente de su asiento y corrió a su encuentro.

—¡Mario!... — exclamó.

Y se besaron teniéndose de las manos. Después él metió las manos en los bolsillos y silbando una cancioncilla fué inspeccionando los muebles, y cada vez tenía más cara de asombro. Catalina se volvió hacia el otro hombre que miraba intrigado al musculoso marinero, y le dijo, con cierto tonito de orgullo:

—Eh, tenés que esperar, italiano; este es mi hermano y hay que atenderlo...

El hermano, cuando terminó de recorrer el vestíbulo, echó una ojeada a la sala, se volvió y dijo:

—¡Caramba! Te has puesto fina.

Catalina sonrió complacida. El se acercó y con la misma expresión de asombro, la miró de pies a cabeza, la tomó de un brazo y en el mismo tono que se hace el elogio de una buena ternera, le dijo:

—Y estás buena, ¿eh?, has echado carne!... Y chasqueó la lengua.

—¿Y madre? — preguntó ella.

—¿Qué sé yo! — contestó Mario; — la última vez que estuve allá no pude ni hablarle dos palabras...

Egoísmo y Nacionalismo

por MARCOS A. LANDAU

La moral imperante ha exacerbado el egoísmo brutal y sórdido que no repara más que en la satisfacción del "yo". La lucha por una vida penosa y misérrima de la gran mayoría y la coerción, moral y material, que imponen las minorías privilegiadas para afianzar su encumbramiento, han endurecido las fibras sensibles del alma. En estas condiciones de convivencia social, es perfectamente comprensible y explicable por qué el bienestar individual es posible lograrlo sólo a costa del prójimo en una lucha semejante a la de las fieras carnívoras que disputan a dentelladas la pitanza.

Los vínculos que unen al hombre con la sociedad, ceden ante la voracidad de la satisfacción individual, que muy bien puede estar representada, interpretando el prejuicio ambiente, por la felicidad de la fiera ahíta que, libre de deberes y obligaciones sociales, regodea en el cubil, sujeta únicamente a lo inevitable: las contingencias de la vida animal.

Asistimos, entonces, al triunfo, no de los hombres de mayor capacidad, probidad o inteligencia, sino al de los más audaces, faltos de escrúpulos, al de los más astutos y taimados que no trepidan en encumbrarse y llegar a ser factores de dominación a expensas de la enorme falange de seres que no tienen "asiento en el banquete de la vida".

Se echó a reír y agregó:

—¡Qué vieja...! chupa como un esuerzo. Ahora tiene un querido.

Escupió, se limpió con el dorso de la mano y continuó:

—Y ella se emborracha porque el querido le pega y el querido dice que le pega porque ella se emborracha. ¡El diablo se las entienda con ellos!...

—Leocadia — llamó Catalina.

Vino la muchacha.

—Oí — continuó; — este es mi hermano Mario y se queda a comer con nosotras. Hay que enseñarle la casa... ¡que no vaya a escupir en la sala!

Hizo una seña al hombre que esperaba sentado en un extremo del vestíbulo y le hizo pasar al dormitorio, guió un ojo a su hermano, entró detrás del hombre y cerró la puerta.

Cuando él quedó solo con Leocadia, se miraron y sonrieron maliciosamente y él dijo:

—Siempre pensé que Catalina no iba a ser cualquier cosa.

Leonidas Barletta.

Las manifestaciones de predominio individual se han extendido a los Estados. Y así vemos cómo resuelven sus problemas locales — exceso de población, de producción, etc., — en detrimento de los Estados que no pueden enfrentarlos, ya sea por su incipiente desarrollo industrial, desventaja militar o deficiencia de gobierno financiero, mediante la expansión territorial o económica.

Pero, un nuevo factor se ha de agregar: el egoísmo que ha llegado a nacionalizarse promoviendo un motivo de fanatismo popular reprochable, cuya expresión máxima es lo que denominamos: "patrioterismo", sentimiento popularizado en grado superlativo y caracterizado por un afán de vana emulación o de un concepto de falsa superioridad, que ha de degenerar, por autosugestión, en egolatría, fomentada asimismo por el imperialismo económico.

La reacción de post-guerra, que se agiganta momentáneamente, no es más que el recrudecimiento de este egoísmo colectivo con el cual se escudan y explotan el militarismo, los arribistas de última hora y los mentecatos que vanaglorian las tiranías y los gobiernos fuertes con toda su secuela de vejámenes, expropiaciones y atentados a los más elementales derechos populares.

A ello se refirió, con toda clarividencia, el Dr. Ruy Barbosa, en sus conferencias de la Facultad de Derecho, cuando expresó que "la bandera del nacionalismo, del chauvinismo, del jingoísmo desplegada por ciertos patriotas, algunos, por cierto, muy ilustrados, muy dignos y muy elocuentes, es una bandera de egoísmo, desconfianza y retroceso que no resuelve nada y nada garante".

¿Cómo desarraigar del espíritu popular el nacionalismo insensato, factor de opresión y hegemonía? Sólo un cambio radical en la mentalidad y en los sentimientos populares podría lograr tal objeto.

Brindemos, pues, porque las fuerzas de renovación social, mancomunadas en iguales propósitos e ideales, infiltren en las masas populares, en oposición de los avances del más nefasto de los egoísmos colectivos, el egoísmo superior de la especie humana que ve en el progreso general un mejoramiento del individuo, que respeta y exalta el esfuerzo personal cuando la intención es noble y destinada a procurar beneficio colectivo.

M. A. Landau.

LEA BIBLIOTECA CIENTIFICA

FRAGOSO

por ROBERTO MARIANI

Entré en el Café Real para oír música y hacer tiempo. Me gusta la música.

Tengo un amigo — naturalmente gran pianista, — que siempre me dice pestes de la música que precisamente prefiero.

—¡Me tortura los oídos esa música sensiblera y cursi de los cafés! ¡Me fastidia la música burguesa de Puccini! ¡Me repugna la música canalla de los tangos!

¡Eh, amigo!

...¡Pura Cavallería y puras Milonguitas! Me voy.

—Adiós.

Entré solo.

¡La música canalla de los tangos! Bien dicen los que dicen que todo es cuestión de comprensión. Yo amo el tango y vibro con él; el tango entra en mí como el aire que respiro y como la palabra de la novia. Vibro con el tango como sacudido por el vibrar de numerosos élitros. Mi vida sentimental está adherida al tango como mi carne a su epidermis. Dentro del sollozo de un tango dije yo mi amor a Rosita; y el tango está presente en todos los principales acontecimientos de mi vida. ¡Yo lo entiendo, yo lo entiendo, yo lo entiendo! Cuando la orquesta deja caer la lluvia de un tango, yo soy capaz de traducirlo, y contar la misma historia que cuenta el tango. El tango es un idioma hecho a base de amor triste y fracasado! ¡La historia que cuenta el tango! ¡Cómo es posible que no la lean todos! ¡Es tan clara! Ella; él; él la ama de una manera un poco triste; esta es la base siempre de la historia. En algunos tangos se lee cómo ella, encandilada por el fulgor del centro, dejó el suburbio, y cómo el otro la abandonó, y cómo se perdió en el cabaret, y por fin cómo regresó tuberculosa y grotesca... A mí me es tan fácil leer una novela como un tango. ¡Y hay cien mil argentinos, hay un millón de argentinos que conmigo cierran los ojos y recuerdan el argumento trágico del tango! ¡Canalla, el tango! No, no, no; que el tango es profundamente triste, y por excepción es sexual y canalla.

—Lagos, ehé Lagos... ¡eh!

Me vuelvo; desde una mesa arrimada a una ventana que daba a Corrientes, me llamaba Acuña. Le hacía compañía un amigo. Desconocido.

¡Qué broma! No lo dejan a uno, solo, hacer lo que quiere. Caminar debajo de la lluvia; soñar; mirar las estrellas; oír "La copa del olvido". Creen que uno es empleado siempre. Cuando encuentro en la calle a un compañero de oficina, inevitablemente lo que agunto son comentarios acerca de la oficina. Yo odio la oficina como una enfermedad. Apenas salido de la "Casa", la "casa

ya no existe y yo he recuperado mi individualidad". ¡Soy libre!

—¿Estás solo?

—Sí, estoy solo.

¡Por qué no se me ocurrió inventar una cita?

Tuve que sentarme con ellos. Me presentó a su compañero, cuyo nombre no oí bien. De mí, Acuña le dijo al amigo no sé qué cosas de sindicalista y protestador. Y creyó hacer una gracia que halagaba mi vanidad, terminando la enumeración de mis cualidades con esto:

—Es medio loco... o loco del todo.

El compañero de Acuña — ¿cómo se llamaba? — me miró sonriendo bondadoso...

—Un café.

...bondadosamente. Una de dos: o creía en verdad que yo era loco, o perdonaba la incompreensión de Acuña. ¡Dice tanto una sonrisa! Aunque, a veces, no cubre nada. El caso de los idiotas.

Su compañero no había dicho una sola palabra. Yo tampoco. Es decir: cuando nos presentó nos tocamos apenas el ala del sombrero y balbucimos algo.

No sé: yo estaba incómodo. Yo atravesaba uno de esos períodos de angustia metafísica provocada por accidentes de la vida diaria... la falta de plata... los sueños que no se realizan... los amigos, ¡eh, los amigos!... Y la mujer que no es perfecta nunca... Y una pena se enlazaba con otra y el conubio provocaba una tercera. Y así. Sentía una especie de voluptuosidad en cultivar mi dolor. Cuando entré en el café, estaba envenenándome pensando en la trágica incertidumbre de mi vida. ¿La música? Sí; es como poner alas a la imaginación.

La música es el ala del sueño. ¿Qué importa que sea cursi para Andrés, si a mí me ayuda a construir castillos? Lo cual es una manera de dejar la tierra e irse a las estrellas. Los pobres no tendremos automóviles, pero todo el paisaje universal está en los sueños. Y ¿qué es más real, al fin de cuentas? ¡Y este compañero de oficina que me agarra del brazo y parece decirme: "Apeaos. Marqués".

—En la última sesión, en la Opera.

¿Qué me importa a mí esto? Yo no quería hablar con nadie. Quería estar solo. Envuelto en mí mismo. Sobre todo ese día. Ese día estaba mal, muy mal. Ese día era 14, era 14, y yo no tenía dos pesos. Dos pesos. Recordé casos de conocidos, personas insignificantes, tipos inferiores, ignorantes, brutos, imbéciles, que habían obtenido buenos empleos nacionales, con 300, con 400 pesos. Yo era humilde, pero me reconocía con más dig-

LOS PENSADORES

justicia — pensaba. — Y hubiera querido elegir entre los transeúntes al que más feliz me hubiese parecido, para gritarle en la cara: “El mundo está mal hecho; yo hice un descubrimiento: la justicia existe”. Cuando entré en el café, estaba pensando mal, pero muy mal, de los parientes.

—Ché, Lagos; éste estuvo en la “casa”.

—¿Cuándo?

—El catorce. Antes de la guerra. Dos meses, nada más.

—¿Dónde?

—En Sucursales, con Cornejo.

—Está todavía Cornejo.

—Sí, me lo acaba de decir éste. ¿Siempre falso y jesuíta?

—Eso: falso y jesuíta. ¿Y ahora qué hace usted?

Por el compañero, contestó Acuña.

—Ahora es independiente. Trabaja por su cuenta.

Yo tengo una gran admiración por los individuos que trabajan por su cuenta, que se han “independizado”, que no tienen patrón, ni horario...

—¡Ah, qué bueno, amigo!...

En seguida contó cómo salió de la Casa para poner una cigarrería. Le fué mal. Iba a postular nuevamente un empleo, cuando...

—Hicieron bien en no darme un empleo. Ahora les estoy agradecido. “Materialmente muerto de hambre”, acepté un trabajo del diablo: en un barco que iba a Europa.

Pensé en los peligros del submarino, pero, ¡qué embromar, no me iba a morir de hambre en Buenos Aires! Yo no tenía que pensar en alojamiento, comida y ropa. Sueldo no era, precisamente. Me daban tres mil pesos el día que el vapor estuviese de regreso en Buenos Aires, durase lo que durase el viaje, dos meses o dos años. Afortunadamente, regresamos a los nueve meses. Yo era dueño de tres mil pesos juntos.

Contó, en seguida, la cómica aventura de una barca inofensiva, que creyeron submarino alemán de nombre trágico: F 165 o S 361.

—Fué por el Canal de la Mancha. Estuvimos toda una tarde que... ¡no le digo nada!

Un poco más tarde:

—Me ofrecieron después otro viaje, a 3.500 pesos. No acepté.

—¿Lo de la barca?

—¡Eso, sí, lo de la barca! Para muestra de la trágica realidad, bastaba esa muestra cómica! Bueno; me moví con esos tres mil pesos. Ahora traigo vinos de San Juan y Mendoza, que vendó en restaurantes y hoteles.

¡Lo de siempre! Un picapedrero llega a príncipe, y ya olvidó sus ideas y sentimientos de la época infausta. El amigo — ¡cómo se llamaba? — fué oficinista, y al llegar a la independencia económica — más o menos — ya se olvidó de las luchas desesperadas para nivelar los ingresos con las salidas. La impotencia para salir de la oficina y establecerse. Ya vive en todo, ese. Cree que se pueden

hacer milagros, porque a él le salió bien algo, o lo besó la Suerte.

—¡Pero, si ustedes son oficinistas porque quieren! Salgan, hagan algo... cualquier cosa... ¿Fracasarán? No importa. Un día la pegan...

—¡La cabeza contra la pared!

—Nos morimos de hambre... dijo Acuña.

—Para salir, es necesario un capital inicial.

—Ahorren...

¡Casi le pego! Ahorrar... ¡Ahorrar sobre qué, vamos a ver, sobre qué? Le hice un cálculo, en el papel. Números; los números cantan. Perfectamente; en el país del cuero vale treinta pesos un par de botines. Perfectamente; compraremos un par de quince. Eso es. Un par de quince dura un mes. Uno de treinta dura dos meses. Es lo mismo. Pero supongamos que un par de quince dure tres meses. Supongamos ahora...

Hablé durante veinte minutos o veinté horas.

—...¿Cuánto habré ahorrado en un año? Recuerde usted que hemos suprimido café, cigarrillos, hembras, diarios; tanto gasto menudo, numeroso... Vea usted; vea: con tanto sacrificio, vea lo que hemos ahorrado: cuarenta y siete pesos... ¡en un año!

—¡Me voy! Acuña se levantó y se fué. Me dejó solo con el desconocido, a quien conté en seguida cosas de la oficina.

—¡Pero si yo fui más rebelde que usted!

Salimos. Caminamos. Entramos en “La Castellana” de Avenida. Cómicos y cortapercales. Se conversaba de toros y bailarinas. ¡Pobre España! En una mesa estaba el Pampa Arnedo haciendo chistes contra los “gallegos”. En otra mesa, dos poetas: Pérez Lemberg, pálido, con los ojos vidriosos, miraba vagos países y alineados puertos en la espuma de la rubia cerveza; su compañero, Pedro Sierra, grueso, hecho todo de curvas, gesticulaba, gritaba, reía; cuando detenía su excitación, era para beberse con la imaginación sensual, la carne morena de la violinista que confundaba su instrumento y se disponía a irse.

—¿No es así?

Era el compañero que me hablaba. ¡Oh, esa noche, cuántos viajes a las estrellas! Y este hombre que... ¿cómo se llamará?

—Fragoso, Eduardo Fragoso. Bueno, pero tuve...

Ah, sí; ahora sí. Ahora le prestaré atención; no discute; me cuenta una historia...

Contó:

—Recién salido de la conscripción, entré al banco. Me mandaron a la sucursal N., en la ciudad... A tres cuerdas de casa. Una vez, por una respuesta insolente, me mandaron a Mendoza. Fué un castigo excesivo. Pero acepté, porque, ¿qué iba a hacer, sino? Bueno; en el banco hay “fichas” personales, es decir “fojas de servicios”. Yo pude leer la mía. Debajo de “otros detalles”, habían puesto: “ideas avanzadas. A veces muy amable con jefes, compañeros y clientes, y otras veces muy grosero”. Y debajo de “castigos”, ano-

nidad, inteligencia y derecho. Eso es una in-taron que a los diez meses de estar en el banco me trasladaron "por una irreverencia de palabra con un superior". Bueno. En Mendoza todo va bien al principio, pero un día... Le diré: allá estaba de contador un tal Fresia, un individuo alto y grosero. Entendía mucho, es verdad, de contabilidad, pero era de un carácter que provocaba la agresión. Era insostenible, así, insostenible. Para Fresia, un empleado era un enemigo. Para Fresia, el empleado siempre quería "hacer daño a los jefes y al banco". Y procedía en consecuencia, es decir, castigaba sin piedad. Fíjese que hasta había suprimido el almuerzo. Su fuerte eran las multas; multa por llegar tarde, multa por no terminar ciertos trabajos a la hora que él indicaba; multa porque no le sale a uno el balance; multas por errores; multas por caérsele a uno ceniza en los libros; multa por tardarse uno en despachar una boleta; multa por cada asiento mal hecho; multa por... ¡hasta a los pobres ordenanzas! todo el mundo caía. Yo, por ejemplo: un mes, diez pesos; otro, quince; otro, cinco... así; siempre me encontraba con mi sueldo truncado. Una vez, un muchacho Paz se atrevió y habló con el gerente. El gerente era un pobre hombre, un buen hombre, que no sabía mucho de contabilidad y era tímido; quien mandaba allá, era el contador. Paz usó buenas palabras; protestó su fidelidad al banco, al gerente; le dijo por fin que las multas... la vida cara... la pensión... Bueno; ¿sabe usted lo que contestó el pobre gerente? Que había que tolerar a Fresia, que era un neurasténico... En fin: no se obtuvo nada. Las multas caían en el momento más inesperado. ¡Paf!, una multa. ¡Paf!, otra. Ahora bien; quiebra la pensión de Fresia, y Fresia no encuentra en ninguna parte, en ninguna pensión, habitaciones; la intervención federal había llevado de Buenos Aires una cantidad enorme de empleados y aspirantes. Por fin obtiene Fresia una pieza en la pensión donde yo vivía.

Ahora viene lo que le quería contar.

Fresia se hizo amigo de todos los pensionistas. ¡Qué cosa rara! Era lo más amable con todos.

De noche solíamos armar póker en el comedor. Los sábados, eso duraba hasta el alba. A diez el poroto. Yo jugaba siempre. Una vez alguien invita a Fresia y éste acepta. Le diré: como la sirvienta se iba a dormir, nos turnábamos los jugadores para hacer mate. Ese sábado le tocaba a un muchacho Villamil, menduco puro.

—Te cambio el puesto, hoy — le dije.

—¿No tenés plata?

—Sí, tengo; pero no quiero jugar hoy.

El doctor Moreno, curioso, me pregunta.

—Veia, ¿por qué no juega?

—¿Era doctor?

—Ah, sí; allí, uno trata más a doctores que aquí. Bueno; el doctor Moreno me dice que por qué no jugaba.

Bueno; yo que no y que no, hasta que tuve que decirles que no podía jugar contra un "superior jerárquico".

—Entonces juegue usted — dijo Fresia.

Yo que no y él que sí, hasta la intervención del doctor Moreno.

—Déjense de macanas y siéntense los dos, pó!

Bueno; voy a resumir. Jugamos todos. Las dos, las tres de la mañana. Los ceniceros llenos de ceniza y de puchos. Y ceniza en los pantalones. Y despeinados todos. Y las caras lívidas. Y pálida hasta la bombita eléctrica.

—Doctor, traiga su porrón de "giniebra". Ya que va ganando, ¡tanto mate!...

Fresia se dejaba apoderar del demonio del juego.

—¡Diez más!

—Va...

—¡Doble par!

—¡Esealera!

Perdía. Fresia "mi contador", me ganaba unos diez y seis pesos.

Al día siguiente, domingo, al atardecer, Fresia me habla:

—Tome, Frago, su dinero... Yo jugué por divertirme... nada más... sin interés.

Ah, no; de ninguna madera. Me ofendía. El juego tiene sus reglas...

El lunes, en la oficina, verá usted lo que sucedió. Un muchacho de Caja de Ahorros saca mal el impuesto del dos por mil al capital. Fresia le castiga con un día de multa.

Yo esperé. En un momento dado, estábamos cerca Fresia, un muchacho Aguirre y yo. Yo le digo a Aguirre, hablando alto, como para ser oído por Fresia:

—Entonces le pedimos al doctor Moreno su porrón de "giniebra".

Aguirre no entendió, pero sí Fresia. Me llama.

—Venga Frago, un momento...

Lo sigo.

—Dígame Frago, ¿usted está contando... lo de los otras noches?

—Sí, Contador.

—Haga el favor de ser discreto, pues...

—No veo que tenga nada de malo contar...

—¡Pero, hombre! Hágame el favor de no decir nada; ¿sabe? nada, nada...

—Contador, me parece que... yo tengo derecho de contar lo que quiera...

—¡Pero está prohibido jugar al empleo de Banco!

—Usted jugó.

—Sí, pero... ¿usted me lleva la contraria? ¿qué se ha propuesto?

—¡Nada, Contador; nada!

—¿Quiere que le devuelva los diez y seis pesos que le ganó?

—Usted me está ofendiendo, Contador. Yo juego y se lo recomiendo a todos, para que puedan recuperar la plata que aquí pierden con tantas multas que Vd. impone. A todos los que están mutilados, yo se lo digo, y uno por uno, los llevaré a la pensión a jugar...

—Vea, Fragoso, ahora me doy cuenta. Lo que hay es que Vd. quiere perjudicarme para que todos sepan que he jugado...

—Haría bien en suprimir las multas...

—¡Ah! Ya entiendo. Perfectamente. No habrá más multas. Y tierra al asunto.

—¿Ha visto de lo que yo soy capaz? — me dijo Fragoso.

—No está mal, — Contesté yo.

—Pero fíjese en este detalle: el tipo ese, ese Fresia, obtuvo en seguida casi el afecto de todos los empleados. Había suprimido las multas. Y cuando empezábamos a quererlo, a sonreírle... ¡El tipo ese no podía vivir sin castigar, sin multas, sin la enemistad de sus subordinados!, y no pasaron quince días cuando se hizo trasladar a la sucursal de Tucumán, donde podía seguir dando puñetazos de multas!

—¿Usted se acuerda — le dije al día siguiente en la oficina, a Cornejo; — usted se acuerda de un muchacho que estuvo con usted en Sucursales, el catorce, antes de la guerra, un tal Fragoso?

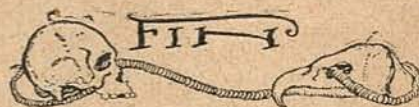
—¿Fragoso? ¡Y cómo no voy a acordarme!

—Lo vi ayer. Estuve con él...

—¡Ese Fragoso! Sí que lo recuerdo; como que estuvo conmigo, y ese también protestaba del trabajo y de los patrones. Pero ¿no sabe usted? Pues resultó que ahora es patrón, y vea cómo son todos los cabeillas anarquistas. ¡Son todos lo mismo! Son los más burgueses; son los malos burgueses. Es lo que sucede siempre. Ahora Fragoso es patrón. Tiene un escritorio en la calle Cabildo y tiene un solo empleado, a quien hace trabajar diez horas diarias pagándole ciento quince pesos al mes y cuando lo manda al centro le toma la hora y... ¿qué quiere que le diga? ¡Es como para fiarse y ser tan ingenuo para seguir a los agitadores y cabeillas anarquistas!...

En honor a la verdad — ¿se dice así? — debo confesar que Fragoso-patrón no era el Fragoso-empleado.

Roberto Mariani.



GANARAS EL PAN

El Precepto del Padre Celestial, dictado a modo de castigo, tiene fiesta de Religión. La única fiesta de los nuevos tiempos, donde alumbrá el sentido sagrado de las viejas Humanidades. Un viento encendido de bíblicas intuiciones, estremece la conciencia de los hombres de buena voluntad. El génesis levanta sus místicas auroras sobre el aterido Occidente.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Los trabajadores del mundo celebran y confirman el sentido de la vida: — La ley del Esfuerzo Humano. — El latido religioso de los hombres vuelve a rodar en la teologal caverna con un eco de Eternidad.

Parten el pan los trabajadores del mundo. Y tiene la armonía cordial de las amonestaciones evangélicas, el aliento rugiente del bíblico castigo.

La Humanidad, en gozo de fiesta, está de rodillas ante el precepto del Padre Celestial.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Valle - Inclán.

CANTO DEL SOL

Mira la mar, que glauca se despierta
Y con el fresco céfiro palpita:
Siente en su verde seno los amores
De las algas marinas.

En bandadas, volando, las gaviotas
La desfloran; y fulvias, amarillas,
Bajo el rayo del Sol, las nubes méense
En la luz matutina.

Cual pavos reales cópianse frondosas
En la curva ensenada las colinas,
Y parecen pirámides de yedra
En el agua invertidas.

¡Thalata!, el pez, sobre el marino seno
Juguetea, retoza, alegre brinca,
¡Oh, divino Aselopiades!, en las ondas,
¡Cuán alegre es tu risa!

¡Oh, Mar ilustre, fuerza de la Italia!
Al aire, tu onda, libre siempre, brinda
Tu Juventud; templada, eual acero,
¡Resplandee magnífica!

Gabriel D'Annunzio

LA DIVINIDAD DE CRISTO

Breve reseña de su credo y exposición de las imposturas católicas

por S. RODRIGUEZ CASANOVA

Nacido y criado en países católicos, siempre se me enseñó a creer en la divinidad de Cristo y a tener su religión por la primera del mundo y la única verdadera. Claro está que se trataba de la religión católica, pues las otras sectas del cristianismo están condenadas por la iglesia romana, aunque sean más puras que aquella.

Esta pretensión de los católicos no puede ser más inocente y ridícula. Sostener que su religión es la más importante de todas y la única auténtica, es sostener una falsedad evidente, pues sabemos que el cristianismo (y no el catolicismo exclusivamente), ocupa el segundo lugar entre las religiones vivas, y que el primer puesto corresponde ¡terrible contradicción!, a una religión sin dios: el budhismo.

Bastará este solo hecho para dudar de las excelencias de la fe católica y su pretendida "legitimidad", si no existieran otras causas que las destruyen sobradamente: El absurdo de sus libros sagrados y la inmoralidad de su clero.

Los libros canónicos del catolicismo, tienen tanto de divino como el Popol Vuh o el Tripitaka, y en cuanto a su clero, baste decir que los secuaces del papa rivalizaron durante muchos siglos con los salteadores de los caminos reales, y que más de una vez eclipsaron con su ferocidad las hazañas de los peores bandidos.

Mas, como aquellos obraban en nombre del cielo y para la mayor gloria de Dios, puesto que combatían la herejía; los asesinatos y saqueos religiosos fueron considerados por los fieles como actos piadosos y meritorios. Y esto sólo nos explica por qué la cristiandad continúa viendo en la iglesia "la Casa del Señor", y por qué su religión ocupa todavía el segundo puesto, siendo una de las peores.

Preciso es reconocer, sin embargo, que si el cristianismo cuenta con tantos adeptos, no se debe a sus bondades como creen los que lo profesan y sostienen sus fanáticos apologetas, sino a la casualidad, porque si esos mismos cristianos hubiesen nacido en países musulmanes, por ejemplo, en vez de adorar a Cristo rendirían culto a Mahoma.

Desgraciadamente, no todos conocen las diversas religiones ni aún la propia, para juzgar si sus creencias son falsas o verdaderas, o mejores que las ajenas. El pueblo las acepta sin comprenderlas, y, por consiguiente, sin examinarlas ni discutir las, y los versados en la materia prefieren ocuparse de otras cosas como si temieran a las excomuniones.

Cierto es, también, que la iglesia hace cuanto puede para evitar la discusión de sus doctrinas, corregidas y deformadas, declarando que la duda es un pecado y que la fe obliga a creerlo todo, aunque lo rechace la razón, bajo pena de condenación eterna. Y esta simple amenaza es el dique más formidable que podrá oponer a la curiosidad profana...

II

Discurrir a Cristo no significa negarlo. Por el contrario, yo creo en él. Pero creo en él como creo en Budha o Confucio, y lo considero un reformador como ellos. La diferencia entre uno y otros consiste en que estos últimos nunca mezclaron a Dios en sus doctrinas magníficas, mientras que el fundador del cristianismo pretendió desempeñar una misión divina, llegando hasta suponerse hijo de Dios.

Los judíos le castigaron cruelmente por su sacrilega impostura, pero sus discípulos siguieron creyendo en su divinidad y la iglesia se apresuró a consagrarla por razones obvias; pues, al divinizar a Cristo aumentaba el prestigio de su religión, robustecía su débil autoridad, y se colocaba en condiciones de monopolizar la gracia del cielo para explotar *santamente* la infinita credulidad del vulgo. La complicidad de un emperador pagano y sanguinario — Constantino, — le dió el apoyo y la fuerza que necesitaba para lograr su objeto.

Dicho emperador, que nunca fué cristiano aunque fué el primero en tolerar su culto, convocó el famoso concilio de Nicea, en el cual fué disentida y consagrada la divinidad de Cristo el año 335, esto es, más de trescientos años después de su muerte.

Ahora bien; si aquella sacra asamblea convocada y presidida por un hombre que profesaba una fe contraria, y sobre cuya conciencia pesaba el asesinato de toda su familia, hubiese decidido que Cristo no era el Hijo de Dios, este no tendría ningún carácter divino, lo cual es un absurdo, porque el voto de unos cuantos obispos semianalfabetos no podía modificar su naturaleza, pues si esto fuera cierto, lo mismo hubieran podido divinizar a Judas.

Pero el objeto del concilio no era pronunciarse contra la iglesia declarando que su dios era un simple mortal. Negar la divinidad de Cristo equivalía a asesinar la religión cristiana, y sabemos que para salvarla el clero defendió los mayores errores erigiéndolos en

dogmas, y cometió los peores excesos para imponerla.

La reunión de esta asamblea de sacerdotes cuyas opiniones encontradas asombraron al mismo Constantino, era, por lo demás, innecesaria, porque habiendo vivido el Redentor entre los hombres, estos debían tener pruebas indudables de su divinidad y si no las había, toda discusión o esfuerzo para inventarlas, resultaba necio y ocioso. Pienso también, que la cuestión planteada en Nicea debió ser resuelta por el mismo interesado, cuya presencia en la asamblea fué un hecho, según San Ambrosio.

De la santidad de esos congresos religiosos puede dar idea el orden y la armonía que reinó en ellos, en algunos de los cuales los santos padres se fueron a las manos ¡tanto era el ardor de su fe!; y del acierto y sabiduría de sus decisiones nos habla el valor que le concedió la misma iglesia, habiéndose anulado por algunos concilios las resoluciones tomadas en otros, no obstante haber sido inspiradas por el Espíritu Santo.

Concilios posteriores al de Nicea siguieron disutiendo la compleja personalidad de Cristo, dando lugar a formidables escándalos; hubo prelados que no sólo negaron la divinidad de éste, sino también la de la Virgen y la del Espíritu Santo; pero esos fueron declarados herejes y anatematizados.

En cuanto a la divinidad de la Virgen, ésta sólo quedó consagrada noventa y seis años después de la de su hijo, al ser reconocida como Madre de Dios por el concilio de Efeso en 431. De manera que, durante esos noventa y seis años, la Virgen continuó siendo una mujer como las demás, y a pesar de que su hijo era dios, ella no era la madre de ese dios...

III

No tenemos ninguna prueba incontestable de la divinidad de Cristo (1), y los que la sostuvieron en los distintos concilios han incurrido en graves errores y contradicciones. Sólo conocemos su vida por los relatos que algunos de sus discípulos escribieron después de su muerte (pues él no dejó nada escrito), relatos que difieren entre sí, pero que concuerdan en este punto capital: Que el Nazareno nació, vivió y murió como los demás hombres, y que sus padres fueron también mortales.

La iglesia, como queda dicho, le reconoció un origen distinto, sobrenatural, y para explicarlo se valió del inexplicable misterio de la Encarnación, a saber: Jesús es el hijo de Dios, pero no fué engendrado por él. Sus progenitores fueron el Espíritu Santo y la Virgen María, esposa de un humilde carpintero llamado José, que no tuvo ningún comercio carnal con su mujer ni ésta perdió en ningún momento su virginidad, la que conservó hasta después del parto!

Semejante galimatías teológico sólo pudo ser aceptado por la fe, porque la fe, como el amor, tiene los ojos vendados.

Pero este incomprensible misterio es una vulgar imitación de los viejos mitos, en los cuales se observa que los semidioses son nacidos del amor de una divinidad con un ser humano. Así, por ejemplo, el mito de Hércules, hijo de Júpiter de Alcmena, o el de Rómulo, hijo de Marte y de Rea Silvia.

La semejanza de este dogma cristiano con los expresados mitos, se descubre igualmente por la presencia del Espíritu Santo, que, en suma, viene a ser Dios mismo bajo la forma de una paloma. También el poderoso y concupiscente Zeus se transforma en cisne para visitar a Leda y en toro para raptar a Europa.

El misterio de la Encarnación, no es el único copiado de una religión extraña, pues hay otros muchos, como el de la Trinidad, conjunto de tres personas que forman un solo individuo. La trinidad védica de Brahma, Vishnu y Rudra, también representa al mismo y único dios en su triple función de creador, conservador y destructor.

Pero los cristianos se burlan de los mitos porque son fabulosos, sin reparar que sus libros sagrados son una pura mitología, y afeerrados a la idea de que su religión es la única emanada del dios verdadero (la que supone la existencia de otros dioses), se olvidan que son hijos de los judíos, a los que robaron su dios y sus misterios, del mismo modo que los judíos se apropiaron los misterios del antiguo Oriente, resultando, por lo tanto, que la "fe legítima" está edificada con los ritos y dogmas de los credos más diversos...

IV

Nacido en Bethleem bajo el reinado de Herodes, el Redentor fué llevado a Egipto por sus padres para sustraerlo a la matanza decretada por aquel bárbaro a raíz de su nacimiento.

Esta solución es demasiado humana y nos da una menguada idea del poder del Cielo, pues, ¿no tenía el creador otro recurso que la fuga para librar a su hijo de la ira de un tirano celoso? ¿No hubiera sido más lógico y acertado que aplastara a dicho tirano, demostrando al mismo tiempo a aquellos brutos su poder y la inviolabilidad de su hijo?

Aquel dios de Israel que realizó prodigios tan estupendos como el diluvio para castigar la maldad de los hombres que él mismo había creado; que convirtió a Nabucodonosor en toro y a la mujer de Lot en bloque de sal; se torna de pronto impotente ante un tirano deérpito, y permite que éste haga degollar catorce mil niños inocentes por culpa de su divino hijo, al que salva en un huida inexplicable para hacerle perecer más tarde en un suplicio infamante. ¡Oh, incomprensible bondad divina!

De la juventud de Cristo se sabe muy poco, y resulta extraño que un dios pasara inadvertido entre los hombres, pues no debía ser éste un episodio vulgar ni aún en aquellos

tiempos milagrosos. Toda su actividad se redujo a una predicación que le llevó al suplicio de la cruz, muerte poco digna de un dios, suponiendo que los dioses fuesen mortales.

Y aquí nos encontramos con el mayor de los absurdos del cristianismo, con el cual, sin embargo, siguen comulgando unos 450 millones de hombres aproximadamente. No se comprende cómo la mente cristiana ha podido concebir la insensata idea de un dios hecho hombre que muere crucificado por voluntad de su padre para redimir los pecados del mundo!

Todo esto es tan monstruoso y contradictorio que subleva la razón.

Suponer que Dios hizo crucificar a su hijo por los mismos hombres que venía a redimir, por sus propios siervos; es tan absurdo como suponer al juez convertido en reo y al criminal en verdugo.

Afirmar que esa muerte ignominiosa era necesaria para la salvación del género humano, equivale a admitir que el médico debe ser crucificado para que el enfermo recobre la salud.

Semejantes enormidades implican una negación de los atributos divinos, pues de esta suerte se nos presenta al Creador como un ser injusto y cruel, falto de la sabiduría y poder absolutos.

Porque habiéndose concebido a Dios como un ser omnipotente y sabio, misericordioso y justo, resulta incomprensible que disponga y consienta el sacrificio de su propio hijo, haciendo cómplices a los hombres de un pecado mucho más grave que todos los que aquel venía a redimir.

Y es igualmente incomprensible que un ser todopoderoso se valga para realizar sus designios, de expedientes puramente terrenales, sujetos al fracaso, como lo prueba el resultado negativo de la misión atribuida a Cristo, pues debiendo salvar a la humanidad la dejó sumida en el pecado y salpicada con su divina sangre, borrón indeleble que no podrán lavar todas las penitencias.

El sacrificio de Cristo fué solamente un acto de barbarie propio de la época en que vivió; como suceso divino no representa más que un fracaso lamentable, ya que, lejos de curar el mal, lo agravó. La religión legada por él al mundo, dió origen a las guerras más odiosas y sangrientas y a los crímenes más espantosos. Las vandálicas cruzadas, las matanzas de albigenses y hugonotes, los tormentos de la tenebrosa inquisición, son rojos episodios que señalan como jalones siniestros el paso de la cruz redentora...

He dicho que la misión atribuida a Cristo fué un nuevo fracaso, y voy a demostrarlo. Cristo se limitó a predicar en algunas poblaciones de un país donde los cristianos constituyen una pequeña minoría. Existen pueblos que todavía no han tenido noticia de su venida al mundo (magno suceso que todos debieran conocer), y esto a pesar del celo infatigable de los misioneros y peregrinos cristianos. Existen pueblos que le odian y desprecian, pueblos que practican todos los cultos, menos el suyo, que debería ser el único, el universal. Y esos pueblos enemigos del cristianismo, suman más de los dos tercios de la población humana.

Agréguese a esto que la mayoría de los cristianos lo son de nombre, y que muchos pueblos, no obstante su conversión al cristianismo por medios violentos y decretos despóticos, continúan fieles a sus viejos cultos, y se comprenderá que la pretendida redención humana aún está por empezar. Ni el sacrificio del Gólgota, ni los diez y nueve siglos de propaganda cristiana a base de mentiras, torturas y persecuciones, bastaron para realizar una obra que Dios pudo consumir sin mover un dedo ni complicarse con aquel crimen monstruoso.

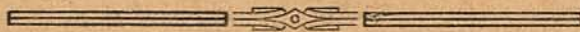
La religión cristiana, que entre otras cosas pretende ser la verdadera, no tiene siquiera el mérito de ser original. Sus principios más hermosos habían sido ya proclamados por Budha setecientos años antes de la Era Cristiana.

La igualdad entre los hombres, el desprecio por los bienes terrenales, el amor y la humildad, nunca fueron practicados por el cristianismo, mientras que Budha los cumplió con una abnegación jamás superada.

Y aquí conviene observar que el renunciamiento de Cristo a las riquezas materiales no significa virtud ni sacrificio alguno, porque careciendo de fortuna no podía hallar inconvenientes en hacer voto de pobreza. No así el príncipe Siddartha, que se despojaba de sus títulos y dignidades, renunciaba a los honores y placeres de la corte, y abandonaba una esposa joven y bella y un hijito encantador, para convertirse en un asceta...

S. Rodríguez Casanova.

(1) Juan Papini, autor de la «Historia de Cristo», anunció hace poco en Roma que poseía las pruebas irrefutables de la divinidad de Cristo. No cabe duda de que ellas serán tan auténticas como todos los documentos sagrados.



LEYENDO A ELIAS CASTELNUOVO

Acaba de desfilar ante mi mente la tortura de esos relatos corrosivos y enajenantes, cuyos títulos son ya lo suficiente expresivos para acojonarnos: *De Profundis*, *Desamparados*, *Trozos de un manuscrito*, forman el volumen. *Tinieblas*, *Raza de Caín*, *Lázaro*, componen el libro *Malditos*. Cada uno de ellos es un abismo de dolor, que da vértigo, que atenace nuestra garganta, que nos pone en estado febril, que conmueve hasta el paroxismo nuestra sensibilidad.

Esas páginas constituyen una hipertrofia del dolor, son lancinantes como el lamento tétrico de una agonía lenta y rabiosa. Literatura teratológica, acibarada, es un reactivo contra la molice, el sentimentalismo ñoño y las mentiras convencionales de la sociedad que nos describen los escritores de salón y los poetas cursis.

La pluma de Castelnuovo es escalpelo manejado con pulso de estoico. En ella no hay contemplaciones inútiles, pudores innecesarios; del mismo modo que esas delicadezas sutiles de sensibilidad no se manifiestan en el cirujano que debe examinar un cuerpo enfermo, herido o corroido, así Castelnuovo arranca con mano de clínico, los vestidos, los vendajes, los parches que disimulan el morbo. Y el cuerpo queda desnudo, a la vista de todos los que poseen valor para mirar, oler y tocar esas monstruosidades patológicas. Las llagas, las purulencias, las deformaciones, se muestran en toda su horripilante desagregación, con todos los síntomas de la hediondez gangrenosa. Y, a pesar de todo este nauseabundo análisis en que chapotea el espíritu torturado y trágico de Castelnuovo, y aunque la angustia nos oprime el corazón, sentimos una especie de atracción, una sugestión espeluznante, que nos obliga a apurar de un trago la copa de amargura que destilan esos dolores de la vida, esos martirios exacerbados que se retuercen y agonizan en una danza macabra. ¡Oh, espantosa visión, cómo entenebreces mi alma!

Sí, te considero en toda tu infernal apariencia; formas una cadena satánica; tus fauces horribles, tus muñecas atroces me convulsionan. Pero, ¿es posible que existas en realidad, sin atenuaciones? ¡Oh, sí! Castelnuovo, como otros escritores que se han macerado en todas las profundidades del sufrimiento, te ha visto, te ha palpado, ha sentido tu aliento letal y te ha descrito para los que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Y así, los eslabones que forman tu cadena son: la infancia martirizada, engendro del cretinismo; la miseria física y moral, en sus más hondas manifestaciones; la mendicidad; la prostitución multiforme, sin posible manumisión; el alcoholismo, en sus delirios tremebundos; la lujuria, con sus ten-

táculos de succión insaciable; la sífilis, con sus disciplinas que laceran día a día la carne miserable; la tisis, en su consunción lenta y segura; la locura, que *razona* en toda la extensión desoladora de una sociedad que la produce; el autómatas vivir, que desdobra la personalidad, dejando al cuerpo moverse por impulsos exteriores, de disciplina y obediencia, mientras el espíritu se retuerce en la *comprensión* y se resigna en la impotencia; la crueldad congénita del hombre social, que avasalla, aniquila y mancha cuanto toca para saciar su voracidad antropófaga; los talleres, las fábricas, verdaderas cámaras de suplicio, donde las energías más vigorosas se agostan, donde el trabajador, el paria, el asno de reata, el camello de carga, el sempiterno engañado y el dócil perro que lame la mano que le azota, se curva, se deforma, se embrutece y perece en la lobreguez...

De las simas donde se acumula el penar social, de las sentinas, donde se gesta el vicio, nacen las flores del mal, que aspiramos cada día, sin percatarnos de la ponzoña que contienen. Insensibilizados, indiferentes, encerrados en nuestro egoísmo estúpido y perverso, nos codeamos continuamente con esos cuadros sombríos, con esas tragedias que la sociedad amamanta en sus senos de ramera, y que Castelnuovo nos pinta sin vacilación. Y pasamos... y seguimos librándonos a la rutina y al fatalismo, haciendo siempre los mismos gestos imbéciles, sin un arranque generoso, sin que los lamentos de las víctimas, de los que se empantan en la ciénaga, desgarran nuestra alma. Todos, todos somos víctimas y victimarios de un estado social escatófilo. Ideas sombrías, como fantasmas horribles, pueblan nuestro cerebro, estiran nuestras meninges, al pensar en lo irremediable que es para nuestra impaciencia vital, fecunda y bella, el borrar los surcos del dolor multiforme que labran la tierra. Y un pesimismo agudo nos invade y una voz interior parece que nos grita, haciéndose eco de las mismas palabras de Castelnuovo: "No, no hay salvación posible; Cristo ya no vendrá a redimirnos, condenados eternos, malditos para siempre..."

Los estigmas apocalípticos parecen imborrables, persiguen a la humanidad, establecen en ella el vampirismo consuetudinario en que nos movemos como fantoches, como cuerpos sin alma...

En las piltrafas humanas que Castelnuovo nos presenta, hay siempre una maldición oculta; en esos guiñapos con apariencias sensibles y pensantes, en esos detritus sociales, hay un lamento piadoso, hay una mansedumbre evangélica, hay un amor cristiano. Y de ahí nace esa maldición que se hace evidente y que es un alegato terrible, una diatriba rebelde y

demoledora contra la roña que la resignación cristiana ha creado y alimenta en los cuerpos y en las conciencias. Y una blasfemia se escapa de los labios exangües al comprobar que también la madre natura se alía para la obra desoladora y desgarrante en que los bípedos se destruyen. Sí; *la Naturaleza es estúpida, ciega y bárbara; crea y destruye con la misma incoherencia que el hombre.*

Diversas son las sensaciones que puede causar en el ánimo de los lectores esa literatura impregnada de morbosidades, que chorrea lágrimas, sangre y pestilencias. Según su posición social, así el lector sentirá con más o menos fuerza el realismo de esas páginas lúgubres, violentadas por todas las amenazas destructivas, retorcidas y desmembradas por todos los suplicios. Piedad, filantropía, justicia, higiene del alma y del cuerpo, amor, odio, destrucción, suicidio, toda la gama de sentimientos puede despertarse ante ese reflejo de las lacras sociales.

Yo me precio de no estar completamente atrofiado, yo que siento latir mi corazón ante todas las conmociones, yo que pienso, yo que comparo, yo que medito, siento que desfallezco, que una misantropía audaz me aguijonea y, si no fuera tan civilizado y tan eobarde, me lanzaría a la calle como un energúmeno, gritaría mi asco a las multitudes ignaras y bestiales que producen y consienten semejantes atrocidades, reuniría un cortejo de todo lo mísero, doliente y hediondo que contiene la vida social y lo pasearía por el trajín de las ciudades, ante la mirada inconsciente y anublada de tanto ser atrabiliario, para ver si despertaban de su letargia y hacían algo definitivo e intentaban salir de las tinieblas en que se pudren y marchaban hacia las cimas doradas por el sol... Pero no, no hay salvación; a cada esfuerzo que hace por libertarse, el lodo la arrastra más y más, y ante sus gestos desesperados, las aves de rapiña se ciernen sobre sus cabezas que se sumergen, hacen presa en su rostro, arrancan tiras de su piel y graznan agoreras hasta que se hundan definitivamente...

Sí, sí; sería preciso zarandear a cada uno de los hombres, increparle con duros denuestos, cruzarle el rostro sin piedad, gritarle: ¡Pero no ves, idiota, el espectáculo; pero no adviertes las anónimas tragedias que te envuelven; pero no sientes que el terreno que pisas es movedizo, que tienes un volcán a tus pies?... Despierta, defiéndete, ayuda a los que quieren sanear el ambiente, cegar lodazales, hacer correr el agua, abrir caminos, desbrozar las malezas, dar sol y aire puro... Y si no, perece dentro de tus vilezas, acogotado por todas las calamidades.

Ha sido una pesadilla. Ya pasó, ya se serenó nuestro espíritu. No todo está perdido... Somos pocos los buenos... Defendámonos para no malearnos, para no contagiarnos. Estre-

chemos nuestras manos, hagamos el cerco, seamos optimistas mientras aliente en nuestros pechos la santa rebeldía, mientras ilumine nuestros ojos el fuego capaz de fulminar la mansedumbre que nos amenaza, la resignación que nos anula, el pesimismo que nos vence... Cantemos un himno a la vida que reverdece y fructifica por encima de las pestilencias de su fondo; la vida, que es amor y esperanza y también una interjección de odio y un clarín que llama a la batalla. Ante los ejércitos mercenarios y disciplinados que siembran la tierra de dolores, seamos, sí, los cruzados, los adalides incansables de la vida, joven, vigorosa y elevada...

.....

Gracias, hermano Castelnuevo; tus escritos han sido para mí una emoción intensa, que me ha alejado un instante de la existencia monótona y abyecta que nos constriñe con sus exigencias. Ha sido también acicate que me enardece y me da alientos para recorrer la etapa de esta corta vida de resignación o de lucha... ¡Adelante!...

Costa-Iscar.

Enero de 1925.

NIÑO BIEN

“Quien no trabaja, no come”.
(Lema de la Rusia Sovietista.)

“Fashionable” su traje, con exceso
Gustábale que el talle le ciñera...
Y al andar, afectaba la manera
Del pavipollo: cadencioso y tieso.

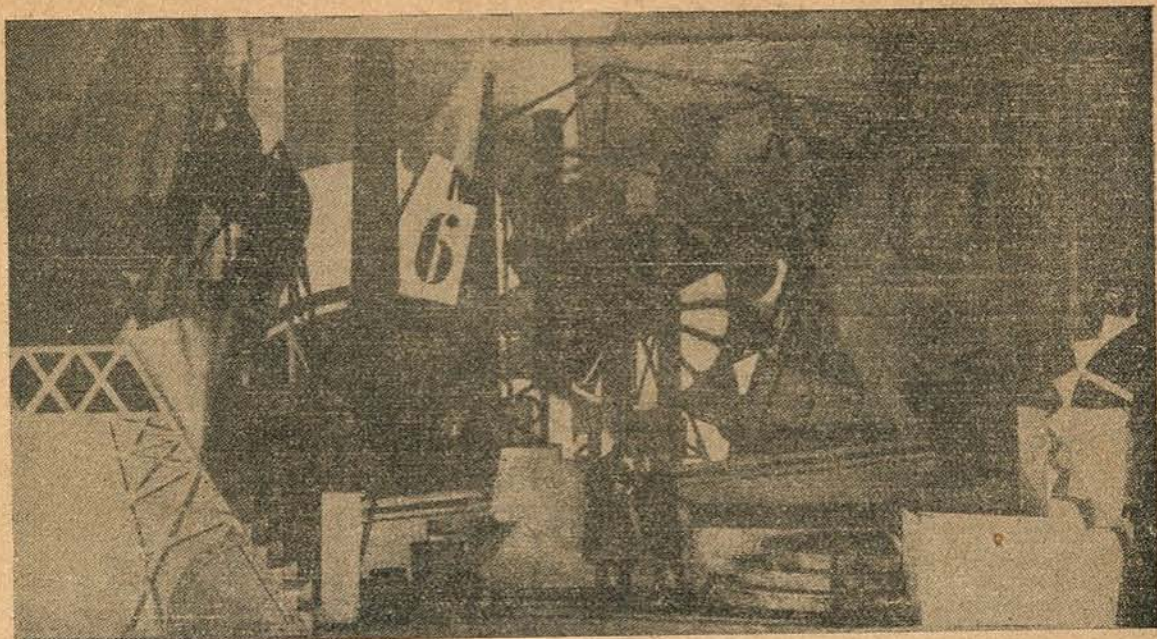
Lo encontré una noche de regreso
De un “Centro Cultural” de gente obrera,
Y, como un libro de Lenin me viera
¡No se envenene — díjome — con eso!

Yo sonrei... y él a hurtadillas
Con su bastón pinchaba las colillas
De una manera harto consabida...

¡Y pensar que los pobres chacareros
Pierden sus mieses — fáltanle braceros —
Habiendo tantos vagos por Florida!...

Renato I. Lenzi.

LEA LOS POETAS



Decoración para el drama de G. Kaiser "Gaz"

EL ARTE RUSO

Antes de la guerra, casi no podía hablarse de la pintura rusa. Un arte gráfico bastante tímido, algunos artistas decoradores y dos o tres verdaderos pintores, poco conocidos en el extranjero, — es poco más o menos lo que se encuentra en la historia de la pintura rusa moderna. Su evolución fué lenta y penosa. La influencia de los maestros holandeses, algunas reminiscencias de las escuelas italianas y un movimiento realista, tan desligado de cualidades pictóricas como atiborrado de literatura, — tal es, en resumen, el balance del siglo XIX.

Por fin, asistimos después de quince o veinte años, al desarrollo de la pintura rusa, marcando su etapa culminante la Revolución. El movimiento político que precedió a los sucesos del 1917, coincide con un movimiento estético y de averiguaciones pictóricas en Occidente que tuvo su repercusión en Rusia, donde toda idea nueva ha encontrado siempre un terreno favorable. En vísperas de la Revolución, el cubismo y el futurismo, los ensayos estéticos de Guillermo Apollinaire, de Gleize y Metzinger, los tanteos de Picasso, Derain y Braque, las manifestaciones de Marinetti fueron tan pronto conocidas en Rusia como en Francia y en Italia. Mientras aún los revolucionarios conspiraban en las salas de redacción y por los arrabales de las grandes ciudades, los artistas rusos estaban ya maduros para todas las audacias, para todos los atrevimientos. La reacción contra el subjetivismo de los impresionistas y contra el individualismo romántico, el renunciamiento del pasado, el maquinismo, el di-

namismo, — fueron tantas palabras de orden que debieron tener su repercusión en el espíritu de todos los artistas rusos y conducirlos a la aceptación de la Revolución en la que estaba designado el barrer los viejos prejuicios y todas sus formas practicadas en el pasado dentro el terreno de las ideas y hasta en la misma vida social.

Desde que la Revolución rusa hubo alcanzado su apogeo, con el advenimiento de los bolcheviques al poder, hemos podido ver a toda la juventud artística y a todos los jefes de fila de las escuelas de vanguardia en los puestos delanteros de la Revolución. Ellos son quienes tomaron en sus manos los destinos del Arte ruso. Investidos de plenos poderes instauraron una especie de dictadura artística. El futurismo volvióse en un arte oficial, en un arte del Estado. El poeta Maikowsky, el *metteur* en escena Meyerhold, los pintores Tatline, Malevitch, Machloff, Kontchalovsky, Doboujinsky organizaron manifestaciones populares, mítines públicos, revistas militares y grandiosas representaciones al aire libre. Tomaron por asalto la Academia de Bellas Artes, entraron en posesión de todas las escuelas artísticas y volviéronse los solos maestros de la educación artística de la juventud rusa.

En el remolino de los pasados acontecimientos, con la fiebre de una actividad sobrehumana, elaboráronse programas, se lanzaron manifestos, discutióse la estética de los ideales. Para crear el considerable sitio que el Arte ocupó en el transecurso de aquellos sucesos en



Cosma Petrow Wodkine — Después de la batalla

los primeros años de la Revolución rusa y las exigencias bastante excesivas de esta dictadura artística que habíase instalado al lado de la dictadura política, citaremos los diez mandatos que el pintor Malevitch presentó en 1919, a propósito de la reorganización de la vida artística dentro el Estado: 1º guerra a lo académico; 2º directorio de innovadores; 3º creación de un organismo mundial para lo relacionado con lo artístico; 4º nombramiento de Embajadores del Arte en todos los países; 5º creación de Museos permanentes de Arte moderno en todos los territorios del país; 6º creación de una magistratura en la República Rusa, para las exposiciones ambulantes del Arte creador; 7º organización de un Museo central de Arte Moderno en Moscou; 8º nombramiento de Comisarios del Arte en todas las capitales de provincia en Rusia; 9º propaganda de todas las artes rusas en el extranjero; 10º edición de un diario para las grandes masas populares, tratando sobre todo las cuestiones del Arte.

Sean las que sean las exageraciones de esta juventud pletórica y el exceso de modernismo que manifiesta, debemos, sin embargo, reconocer y constatar que es, a partir de ese momento, que se puede verdaderamente hablar de la formación de una escuela de arte ruso y de una estética nueva en conformidad de la vida y de la actualidad.

¿Cuáles eran, en efecto, las agrupaciones artísticas rusas antes de la Revolución? Hay que citar primero los artistas del *Mir Iskousstva* (el Mundo del Arte), que gozaba

de todo el favor del público. Los artistas de ese grupo practicaban una especie de "retrospectivismo" amanerado y de intimismo decadente. Fueron ellos igualmente quienes presionaron en gran parte los destinos del Arte Decorativo Teatral, que hicieron conocer por Europa y América la *troupe* de Diaghilew o de "Ballets Rusos", con decorados de Bakst, Benoit, Somoff, etc.

En oposición a esas tendencias formadas únicamente por los pintores de Petrogrado, habíase creado en Moscou una agrupación de artistas afeccionados por Cézanne, quien considerablemente influenció en el retoque. Debutaron con dos exposiciones sucesivas que organizaron bajo los nombres de "Le Valet de Carreau" (1) y "La Queue de l'Aue" (2). Una farsa representada en Montmartre había servido de pretexto a los pintores rusos para escoger esta última denominación y reafirmar así su acreamiento con toda manifestación del arte independiente francés. Los dos nombres que no tienen ninguna significación particular, quedaron atados hasta el presente a todo un grupo de pintores que han predicado el retorno a la pintura de caballete. Atento a todas las manifestaciones del arte francés, es al través de ese grupo que el público ruso ha podido seguir la evolución de la pintura moderna desde los neo-impresionistas hasta los cubistas. Dirigido antes de la guerra por Larionoff, Gontcharova y Víctor Barthe, está representado actualmente por Maekhoff, y por Kontchulovsky.

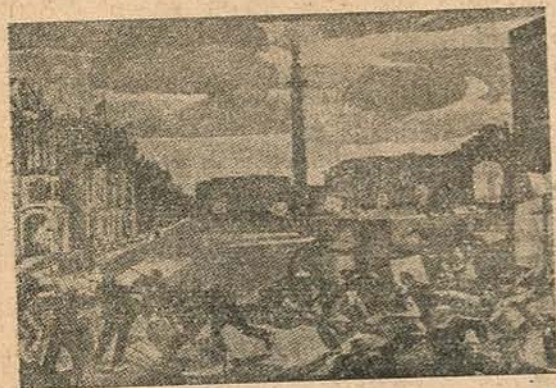
No podemos dejar de mencionar aquí el



G. Annenkov — Retrato de Trotzky

“suprematismo” de Malevitch surgido poco antes de la Revolución. Si bien es cierto que, toda su actividad fué desarrollada en plena tormenta revolucionaria y se adhirió a esta “revisión de valores” de los que fué en arte uno de los principales precursores. Malevitch es el pintor más curioso de esta época revolucionaria. Hombre de gran erudición, dotado de inteligencia clara, su papel en la vida artística durante la Revolución, fué preponderante. Su libro “de Cézanne al suprematismo” marca una etapa importante en la evolución de las ideas estéticas en Rusia. Pero el “suprematismo” por él inventado evoluciona algo al margen de los acontecimientos. El suprematismo no es otra cosa, en fin, que una forma del purismo, particular de los rusos, que contrariando los problemas formulados por los puristas franceses, no procede más que del color. Hizo surgir también una “pintura sin objeto” que ha servido como punto de reparo a todos los ataques contra la pintura de caballete y las especulaciones estéticas, carentes de sentido práctico, por parte de los constructivistas.

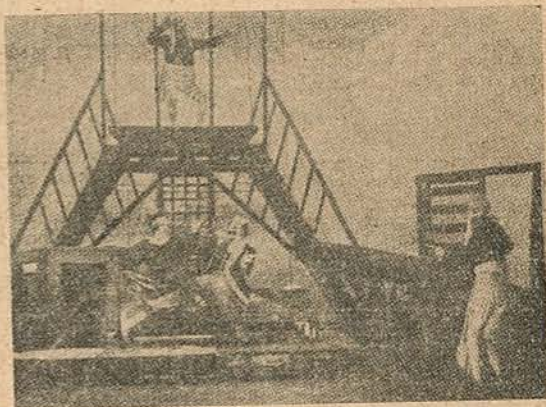
El movimiento artístico que domina toda la Revolución rusa es, sin embargo, el construc-



R. Fring — La plaza del palacio de invierno

tivismo. Nació de una necesidad de crear que se hizo sentir después del período de destrucción revolucionaria. Reintegrar el arte dentro la vida, construir y crear objetivos utilitarios, que respondieran a las necesidades de la transformación social, — tales han sido los principios que dieron eclosión a ese movimiento y que se manifiesta en todos los dominios del arte ruso. No solamente las artes plásticas y las teatrales, sino que hasta la literatura y la poesía no han podido zafarse de su influencia. Es, sobre todo hacia el teatro que el constructivismo ha llevado todos sus esfuerzos. Débense a Meyerhold y a Tairoff, todo un arte

escenográfico nuevo como no hay otro igual en ningún país del mundo. Meyerhold sobre todo, ha dado pruebas de un espíritu de invención extraordinario. El ha adaptado a la escena toda una maquinaria combinada por un andamiaje ingenioso, y con efectos de luz a colores festivos y brillantes. Ese teatro tiene a la vez los Misterios de las ferias y de las fiestas populares.



El abogado Babylonien — Pieza de Mariengoff

Muchos son los pintores que se han distinguido en las artes escenografías y del decorado constructivista, entre ellos, en primer lugar, podemos citar el pintor Iakouloff, Sra. Poppoff, Sra. Exter, el arquitecto Vesnine, el pintor Rabinovitch, Annenkoff, Medonuezki, los hermanos Steinberg, Rodtchenko, etc., etc.

Nos quedará aún ocasión de volver sobre las obras y los artistas de esta escuela. La manía del constructivismo parece, por otra parte, ya pasado. Enriquecido con todas las adquisiciones de los últimos años, se ha creado un arte más cuerdo, y de más ponderación. El estudio de los viejos, la observación de la naturaleza, el problema de la composición del cuadro, están nuevamente a la orden del día. En este orden de ideas, hay que citar el nombre de Petrow Wodbine que hace resaltar su influencia sobre la juventud artística de los últimos años.

Sí, antes de la Revolución, no podía hablarse que de pintores rusos, nos es permitido, actualmente, hablar de una escuela del arte ruso. Nacida en la tormenta y desde ya rica de un pasado glorioso, la escuela rusa se presenta como una de las más fecundas dentro de la evolución del Arte moderno.

Serge Romoff.

(Traducción de J. Serra.)

Tecnicismo pictórico

Los retratistas excepcionales



COROT

tud. La inexperiencia era manifiesta, su inhabilidad estaba flagrante. Pero si uno hubiese hecho abstracción de la debilidad ejecutiva, del embarazo que ponía freno a la libertad de factura, uno quedaba admirado de la autoridad que revelaba no solamente un maestro en ciernes, sino un verdadero retratista. En la *"Femme à la perle"* a propósito del cual hice un reportaje en otra parte, escribí esta ocurrencia de un viejo patrón de la Escuela de Bellas Artes: "Si esta obra pasara por un jurado, ella sería reñada", podríanse así revelar ciertas incorrecciones; pero estas son de aquellas que no hacen más que acentuar el ca-

Una reciente exposición, queriendo marcar "las grandes influencias en el siglo XIX, o sea, de Ingres a Cézanne", ha dado naturalmente a Corot un sitio de honor. Pero el público fué sorprendido de ver al maestro paisagista representado, no por una vista de Italia o por algún nuevo aspecto de la Isla de Francia, sino por un retrato, en el verdadero sentido de la palabra.

Vestida de una tela gris azulada con sólidos sombreados, con reflejos simplificados la *"Femme à la grande toque"* está sentada de frente, la cabeza ligeramente ladeada, en una actitud de espera. Sobre sus rodillas descansa un mandolín que ella tiene cogido con gesto de displicencia, y que no es más que un pretexto al movimiento de las manos plásticamente muy bellas. El paisaje que sirve de fondo no cuenta siquiera por sí mismo. Está ahí para equilibrar la composición con sus tonos claros y oscuros de cielo y de sus árboles. Corot no tuvo la intención de hacer un verdadero aire libre, pero nos da una suficiente impresión de la atmósfera como lo hizo Vinci en su Santa Ana.

Todo el efecto del cuadro está en la cabeza, en la boca temblante y en su mirada joven y llena de femineidad. La ejecución es de una rara sobriedad, las sombras y las luces están reducidas a la más estricta simplicidad. Porque Corot tenía por costumbre leer los grandes puntos característicos de un paisaje, y el de saber tomarle lo más esencial, fué por lo que pudo alcanzar darle a la figura humana una tal transposición, y darnos con ese cuadro, al mismo tiempo que una página de notable permanencia, un retrato verdadero.

Ese resultado, digno de nuestra admiración, no es en absoluto ninguna sorpresa. Cuando las circunstancias han llevado a Corot a trabajar en un género al que él no se ha dedicado nada más que accidentalmente, se nos ha revelado cual un profundo analista y psicólogo. Tuve ocasión de tener en mis manos un retrato de hombre, seguramente obra de su juventud del personaje representado y son la exagraración que requiere el tipo. En la *"Femme à la grande toque"* que describimos anteriormente, Corot es él mismo todo entero. Pero es más, ha puesto las cualidades que le son propias al servicio de su modelo, como lo habrían hecho Van Dyck, Velázquez o La Tour.

El caso de Corot no es por otra parte único. Muy cercano a él, podemos citar a Millet quien, aun teniendo en su activo un más grande número de retratos, no puede, sin embargo, ser considerado más que como un retratista excepcional. Pero sus dos obras del Louvre y sobre todo su admirable oficial de marina en

el museo de Rouen, sería suficiente para probarnos una comprensión absoluta del individuo, suficiente maestría en el análisis de la mirada y en el porte general de los personajes, dignos de los más grandes retratistas de era.

Y, si retrocediéramos algo, no podríamos decir otro tanto de Chardin? Chardin ha juntado gran número de figuras, pero hablando con propiedad, muy pocos retratos.

Si el estudio hecho con el mayor de los hijos del joyero Godefroy, guarda un sistema de retrato, "L'Enfant au toton" se vuelve ya un cuadro de calidad. No haría falta por lo tanto más, para afirmar que Chardin poseía el sentido del análisis. Los tres pasteles del Louvre están ahí para demostrarnos que el inimitable pintor de tantas naturas muertas y de intimidades, es un maestro en el género con el que se ilustraron La Tour y Perronneau. En la sala donde sus obras se juntan, no se las clasifica de tanto valor como a ellos, tal vez más, él que suprime toda aparatosidad, toda concesión a la moda, al vestido, y sabe mostrarse con aire tan sobrio y tan discreto?

Por fin, he aquí a Watteau con sus bríos, su fantasía, el encanto gracioso que en el primer momento, parece estar en desacuerdo con el más severo arte, más lejos del retrato. En efecto, ha hecho muy poco. Una sola de sus obras está del todo identificada, aquella del escultor Antonio Pater, padre de S. B. Pater. Pero, nosotros nos atenemos al estudio hecho al respecto por M. Paul Jamot, quien atribuye a Watteau la cabeza del hombre desconocido, a propósito de la cual ha hecho un sabio estudio (1). Igualmente podríamos sostener en esta ocasión, la hipótesis que atribuye a Watteau un retrato, que figura actualmente en una galería particular parisiense (2). Una, dos o tres telas, ¿qué es eso para juzgar la carrera artística de Watteau? Muy poco sin duda; bastante, sin embargo, para permitirnos afirmar que, como retratista excepcional, él es ciertamente de raza.

Podríamos multiplicar los ejemplos; pero ya es suficiente con esos. No debemos asombrarnos. Tan carentes de inspiración como parecen ser "La Femme a la grande toque", de la "Route d'Arras", o bien de "La Villa d'Este", el retrato de Madame Le Courtois, de las Glâneuses, la "Fontaine", de Chardin, de su pastel con anteojos, o bien la cabeza del hombre de barba blanca, de la "Finette" o "l'Embarquement pour Cythère", podríamos afirmar que no hay nada de ilógico en lo que los mismos pintores han realizado con obras tan diversas. Han sido sus cualidades habituales las que les han conducido tan lejos en un género que abordan ellos ocasionalmente.

Chardin nos da con su interpretación de objetos los más humildes, un resumen de todas las riquezas pictóricas, y aporta, con sus observaciones, una profunda sensibilidad y un don de análisis absolutamente razonado.

Watteau, él, podría creérsele dotado, sobre todo, de un genio fantaseoso. Pero, si se ana-

liza más hondamente su arte, se le distingue pronto una gran facultad para transponer la vida, de tal forma, que ella toma un aspecto feérico guardando al mismo tiempo la impresión de la verdad. Interpretación que se apoya en una observación rigurosa de la naturaleza, aplicada tanto al paisaje sabiamente ejecutado, como a los seres que lo animan.



MILLET

Millet, con un espíritu totalmente distinto puesto que busca más bien la realidad cotidiana y a veces dolorosa, busca siempre por los gestos de sus personajes y el cuadro donde evolucionan, a darnos un sentido esotérico de su obra, más bien que a ilustrarnos por los detalles exteriores.

Corot por fin, frente a un paisaje, se afana en interpretar la cualidad de la atmósfera, de la luz, del terreno, de los árboles. Se eleva por encima del detalle verdadero que falsea a menudo el del conjunto. Sabe ver lo que hoy que ver, y copiar lo que vale. Bate su obra con esos elementos asimilados, que él vuelve a crear siguiendo su temperamento de artista.

Pues, ¿de qué está hecho el arte del retratista, sino precisamente de rebuscar la síntesis? Todo analista de la figura humana observa primero, su modelo; extrae lo más característico que en él observa, y trata entonces de fijarlo en su obra sirviéndose siempre de los signos exteriores de la fisonomía, signos concretos con la ayuda de los cuales él debe.

sugerir, exteriorizar lo invisible, es decir el alma verdadera.

Ese procedimiento es totalmente al revés del fotográfico en el que la parte visible está íntegramente copiada, mucho más exactamente que ella no lo sería por ningún pintor. Pero la fotografía lo refleja todo: lo que vale y lo que no vale. El retratista, por lo contrario, escoge y no transporta a la tela más que lo esencial.

Así es como el pintor no ha nada resuelto si ha copiado simplemente su modelo tal y cual se le presenta, aunque pretenda obtener un "parecido" absoluto.

Lejos de mí el pensamiento de chancearme al hablar de parecidos. Los artistas por los cuales ese desprecio es una profesión de fe, hacen que piense siempre con las uvas "demasiado verdes" de la fábula. Podemos tener la certeza que los retratos de Clouet, de Philippe, de Champagne o de La Tour, están perfectamente parecidos. Pero el parecido en arte debe ser una consecuencia lógica de las cualidades de observación profunda, como el rasgo en el dibujo tiene que ser la consecuencia de la construcción interna. No debe tener en jamás la expresión mecánica de una instantánea, pues las verdaderas apariencias libradas en grande, sin clasificar, no son otra cosa que la máscara grosera de la verdad interior, que es tan sólo la que vale artísticamente hablando.

Pues los grandes maestros son aquellos que poseen, en alto grado, un poder de observación y un poder igual de creación. Lógicamente, la mayor parte de entre ellos, cuando

abordan el retrato, tienen que triunfar. Los retratos hechos por Rafael, el Titiano, Rubens, o de David (cito solamente estos maestros, puesto que no se han dedicado, en su actividad artística, únicamente al retrato), son la prueba que los observadores y los creadores geniales pueden alcanzar en ese género de pinturas tan alto como no importa qué artista que en ello ha consagrado toda su vida.

Ciertos retratistas de carrera, por el contrario, conociendo a fondo la técnica de su oficio y dotados de evidente habilidad, pueden no poseer ninguna de las profundas cualidades de las que reclama un arte de los más complejos entre todos.

Si hacemos abstracción, al considerar su obra, de la personalidad de los modelos representados, de lo accesorio y del vestido, nos quedan una serie de cuadros a veces hermosos, decorativos, y que son bajo el punto de vista pictóricos, unas bellas y honrosas telas. Pero raramente podríamos llamarlas retratos.

Los retratistas excepcionales, que nos han sugerido esas cuantas reflexiones, están mejor preparados por sus búsquedas de la profunda verdad, en el análisis del alma humana que el buen Nattier, revistiendo a las hijas de Luis XV o a las grandes damas de su tiempo, con trajes pseudo-mitológicos y pintándolas a todas con la misma cara sonriente.

J. G. Gouinat.

(1) Watteau retratista, Paul Jamot (Edic. Gazette des Beaux-Arts).

(2) Art et les artistes, Marzo 1924.

EL MAR Y LA FUENTE

Gota a gota caía lentamente
Sobre las aguas de la mar sonoras
Desde las altas rocas una fuente,
Y le dijo la mar: —“¡Oh, tú, que lloras
Esas líquidas perlas!
¿Para qué vienes sobre mí a verterlas?
¿Para qué he de quererte?
Enorme soy, inagotable, fuerte;
Acabo donde empieza el infinito.
¿Piensas quizás que yo te necesito?”

Y al mar dijo la fuente:
—“Lo que no tienes tú, lo que yo tengo,
Sin afán, sin rumor, modestamente,
¡Oh piélago profundo! a darte vengo.
En tus olas amargas y sombrías
No hay una gota pura y transparente,
Buena para beber, como las mías.”

Victor Hugo

LOS SEMBRADORES

Guiando la bueyada, mansa, austera,
Los muchachos conducen el arado;
Y el surco, que tras ellos ha dejado
El hierro, formará la sementera.

Con amplio gesto y mano placentera
Vierten los mozos granos, con cuidado
Y los viejos, de Dios han implorado
Buena cosecha, en oración sincera.

Así la pía gratitud humana
Honra la Tierra; el Sol va hacia Occidente,
Y, de sus puros rayos al contacto,

Humínase el monte; y cotidiana
Se eleva una canción que, humildemente,
Da majestad sacerdotal al acto.

Gabriel D'Annunzio

LOS GRANDES ENVENENADORES

Si el periodismo fuera lo que debiera ser, como institución de libertad pública y como vehículo de progreso social, su influencia alcanzaría proyecciones trascendentales en la vida colectiva; pero hay que decir que, con raras excepciones, existe un periodismo que se nutre de impostura y trafica con ella.

El mundo está lleno de periodistas venales, de colaboradores protervos en la obra de reacción y despotismo de gobiernos y de clases gobernantes, en quienes la opresión no responde tan solo a conveniencias utilitarias, sino también a sugestiones mentales, producto de lacras heredadas a través de siglos de servilismo e hipocresía.

Son los grandes envenenadores de la pluma, a los que masas ignoras rinden pleito homenaje, creyendo ver en ellos a los portadores de la verdad social, que, por supuesto, no es la verdad aislada y mezquina de los que sólo están atentos a satisfacer conveniencias ocasionales, sino la gran verdad que debe iluminar la ruta del bien, de la justicia, de la educación, de que tanto han menester los proletarios, los humildes; los que han sido y serán siempre el timbre más glorioso de la civilización.

Negamos que el periodismo de esa estirpe tenga derecho a invocar la opinión pública, por cuanto, si realmente estuviera con ella, y a favor de ella, debería estar con la verdad, que es por definición avanzada y revolucionaria en el mejor sentido, y no admitimos que los turiferarios de la prensa invoquen, asimismo, conceptos tales como democracia, justicia, pueblo, etc.

Los que así proceden, ignoran que la democracia no es el populacho mercenario que sirve de caja de resonancia a la bambolla de gobernantes y políticos anquilosados, a la depredación sistemática de tiranuelos advenedizos, a la sórdida avaricia de mercaderes que a sí mismos se titulan reyes de la banca, del comercio y la industria. Ignoran que la justicia no es la que distribuye el juez rutinario, que cree que la justicia está sólo contenida en los códigos, sin otro alcance fuera de ellos. Ignoran, finalmente, que el pueblo no es el que intoxican con los gases metélicos de los peores vicios y de los más repugnantes elementos de corrupción.

Nunca hemos podido aceptar que sean considerados como parte integrante del pueblo verdadero los que, por sus instintos de barbarie primitiva, y su irresistible tendencia al mal, no son dignos de llamarse obreros, ciudadanos, hombres o factores de progreso civil; esa hez, apta para servir de escabel a los dominadores de una sociedad hipócrita y corrompida, tan repugnante como el periodismo venal.

Todas las fecundas verdades sociales, que por los altos fines en que están inspiradas podrían contribuir a la emancipación integral de las masas, son ocultadas o desfiguradas sistemáticamente; y, así, podemos ver con qué satisfacción celebran una derrota del pueblo, o un triunfo del poder, los que odian al pueblo auténtico y manifiestan en toda ocasión una vocación servil en favor de los que detentan la representación de alguna autoridad, o disponen del poder del dinero.

Es la prensa reaccionaria, arquetipo de barbarie ancestral, que realiza milagros de dialéctica jesuítica para mantener a flote el grosero armatoste de prejuicios sociales, indignos de hombres libres; que marcha siempre de acuerdo con la ortodoxia sectaria de las sacerdotías, propiciando el despojo fiscal y todas las formas de esclavitud política y económica en perjuicio de los que trabajan y son, por eso mismo, "el cuerpo de la patria", como decía nuestro gran Alberdi.

Esta prensa de mercaderes y de retardados mentales, incapaz de ninguna observación seria en lo que se refiere a la estructura de la sociedad y a las enseñanzas de la historia, es la misma que tiene, sin embargo, la pretensión de titularse "intelectual" y, lo que es más extraordinario, de dar el cartabón de los valores políticos, artísticos y literarios a los que, por diversos motivos, hacen coro o secundan sus villanías y mistificaciones; teoría en cuya virtud personifican la nación en un hombre, o a lo sumo, en una camarilla, y proclaman la ciencia, el arte y las letras como el patrimonio exclusivo de un reducido número de personas.

Es la prensa en la cual, los que la escriben, no sienten ningún fervor por las grandes causas del verdadero orden social; prensa de estilo frío, a base de circunloquios, de una hipocresía contumaz y de una perversidad a toda prueba para aquilatar los hechos que, por su naturaleza específicamente universal, podrían conmover alguna de las columnas sobre las cuales descansa la mentira convencional de nuestros días; prensa en la que no se descubre ningún espíritu combativo en pro o en contra de ninguna tendencia doctrinaria, pero que, en cambio, tiene por norma y como única razón de su existencia, descender al terreno de las intrigas y pequeñeces de todo calibre.

En los cenáculos de esa prensa inmoral es donde, como en otras esferas, encontraremos el tartufismo, repugnante lacra con la cual tropezamos a cada momento y a cada paso; el tartufismo, que pasa la vida predicando altos postulados de moral, contradiciéndose en la práctica. La legión de los tartufos es la legión perfectamente inclinada a la delincuencia en sus variadas manifestaciones, y si es

LIBROS ESCOLARES

"LA ESCUELA Y LA VIDA", por Clara de Toro y Gómez. — Licenciada en filosofía y letras por la Universidad de París.

Desde que iniciamos esta sección, destinada al comentario del montón de libros de texto, aprobados por el Consejo, sin tener en cuenta para nada su valor didáctico, no tuvimos ocasión de prodigar una sola palabra de elogio, a pesar de nuestra manifiesta buena voluntad. Hoy, manos oficiosas, ponen a nuestra consideración el libro de la señora Toro y Gómez, y por primera vez nos encontramos ante el libro de una profesional que conoce el ramo. Dice, y con muchísima razón, "la lectura no es provechosa para el niño si pasan las ideas y las imágenes y se almacenan en su memoria, sin incorporarse a su ser interior, sin entrar a formar parte de su vida moral e intelectual". Y agrega, con mejor intención: "acostumbrar al niño a la reflexión".

La señora Toro y Gómez tiene exacta noticia de lo que es la inteligencia virgen del niño. Y contrariamente a lo que pretenden sus colegas, ella pone su libro al alcance del niño. Presenta en las lecturas, escenas sorprendidas en la vida cotidiana, ligeramente comentadas. En este comentario está comprendida la moraleja. Al terminar la lectura, explica con propiedad la verdadera acepción de alguna palabra no muy clara y expone un breve cuestionario con el propósito de hacer recapacitar al alumno sobre lo leído.

El diálogo, sencillo y natural ameniza la aridez de algunos temas. Por otra parte, esta autora tiene bastante buen gusto. Veamos la lección décima:

corriente que se le vea, no en la cárcel, sino fuera de ella, como prueba inequívoca de lo que es la impunidad en países gobernados por caciques de levita o de poncho, según que sean de la ciudad o del campo, también lo es que pesa sobre tales delincuentes la sanción de un concepto popular cuya fuerza no podrán destruir.

Por lo demás, la mala prensa no es sino el reflejo de la mala educación política; pero no cabe duda de que, con el mejoramiento de ésta, gracias a una mejor comprensión del sufragio universal, como instrumento de bienestar colectivo, la mala prensa verá reducida la esfera de su influencia, como puede verse ahora mismo, a pesar de todo.

Contribuyamos, pues, al sostenimiento, a la difusión y al constante progreso de la prensa digna de tal nombre, y con ello habremos puesto término a la mistificación de la mala prensa, escrita por pilletes de guante blanco, por amorales de todas las cataduras.

Narciso Tavella.

Arroyo Seco, Mayo de 1925.

"Juanita la jardinera"

"Juanita ha ido a pasar la tarde a casa de la vecina. Esta es una señora anciana, que vive sola, pero, a pesar de la diferencia de edad que hay entre ellas, Juanita siente gran placer en visitarla: tiene la casa tan limpia y tan alegre que, al entrar, ya se pone uno contento, nada más que con ver tantas flores y plantas. A pesar de ser los muebles muy sencillos, están tan bien dispuestos que parecen mejores de lo que son."

Así, con esta sencillez, lleva adelante su propósito la señora de Toro y Gómez. Ahora que, de las 80 lecturas de este libro, 40 pertenecen a la autora y 40 han sido espigadas de buenos autores, con preferencia franceses.

Tan liberal ha sido en esta selección, que encontramos una graciosa composición de los hermanos Paul y Víctor Margueritte, autor este último que tanto ha dado que hablar con su novela pseudo-moralista. Pero para la señora Toro y Gómez, lo primordial no es quién lo ha dicho, sino cómo lo ha dicho. Y en esto también estamos con ella.

El programa a que deben ajustarse los que componen libros para los grados superiores, no le ha permitido — ¡lástima! — escapar al patriotismo que el Consejo les exige. Pero asimismo, fuerza es reconocer que ha allanado esta dificultad con alguna delicadeza. Las composiciones patrióticas — de Carlos Octavio Bunge y del fósil Calixto Oyuela, — son los únicos lunares de este libro, con una lección titulada "La economía", y en donde se desarrolla el concepto burgués del ahorro, que es otra de las imposiciones del Consejo. Compensando en parte estos lamentables errores, encuéntrase bellas páginas de Andersen, Calderón de la Barca, Berhart, etc., y fábulas de Rubio, Samaniego e Iriarte.

Nos alegramos de haber dado — ¡al fin! — con un libro pasable.

INTERMEZZO

Cuando sea mi vida,
toda clara y ligera
como un buen río que corre
alegremente a la mar ignota que espera,
lleno de sol y de canción... Y cuando
brote en mi corazón la primavera,
serás tú, vida mía, la heroína
de mi nuevo poema...
Una canción de paz y amor, al ritmo
de la sangre que corre por las venas...
Una canción de amor y paz. Tan sólo
de dulces cosas y palabras. Mientras...
guarda la llave de oro de mis versos
entre tus joyas. Guárdala y espera.

Manuel Machado



INMIGRACION ANALFABETA



por TOMAS J. SCAGLIA

El Partido Socialista, eminentemente internacional en su finalidad económica y sociológica, no puede encerrarse en un criterio estrecho, nacionalista y lugareño, para defender una amenaza posible a nuestra clase trabajadora, haciendo obra antipática de exclusivismo humano, repudiando a los hombres que por una desgracia o aberración social, no tengan la preciosa facultad de leer y escribir. Sería desnaturalizar las caras teorías de fraternidad e igualdad pregonadas a todos los ámbitos del mundo.

En el desarrollo mismo del proceso económico, los analfabetos han jugado un papel importante y la sensación de esta verdad, nos la da esa pléyade de extranjeros analfabetos que poblaron nuestras campañas, formaron sus hogares en las inmensas llanuras de nuestro país y convirtieron el erial, en campos de promisión y de provecho. De esos analfabetos que transformaron las solitarias tierras incultas, en predios de producción intensa, el partido tiene en sus filas a muchos, y sus hijos, nativos de esta tierra, educados en las escuelas argentinas, ostentan algunos un título universitario y otros, preparados en menesteres y profesiones útiles, dan sus frutos para que la elevación moral y material de la clase trabajadora en nuestro país, sea una verdad. Posiblemente la mayoría de ellos están a nuestro lado, empeñados como nosotros, en tornar en realidad los postulados sociales que sostenemos.

El Partido Socialista, no puede ni debe llevar en su programa una cláusula semejante. Friamente analizada, se llega a la dolorosa comprobación de que el *sufragio universal igual y secreto*, que figura en el mismo programa mínimo — Sección J — Art. 12. — no es más que una mistificación, pues si hemos de restringir la entrada al país de los que no saben leer, con más razón debe prohibirse emitir su voto a los nativos que se hallen en condiciones idénticas.

Si el extranjero analfabeto, puede hacer peligrar la situación de nuestros obreros, ya por excesos de brazos en el mercado del trabajo, ya por la oferta de sus energías, por salarios más bajos, un peligro mayor entraña darle un derecho político tan amplio y peligroso, como es el sufragio, a los ciudadanos nativos que no saben leer.

Estas apreciaciones que hacemos, con toda conciencia y responsabilidad, nos la sugiere nuestro amplio espíritu de militantes y socialistas, ante una injusticia que pretendemos concretar como una aspiración en el programa del partido, aspiración repudiable y que sólo espíritus reaccionarios pueden alentar, para señalar al analfabeto como un tarado moral en la clase trabajadora, cuando sabemos en

conciencia que es una desgracia social repudiable.

Debemos historiar un poco sobre este asunto. El problema de la población de nuestro territorio, ha preocupado en forma constante a los gobiernos argentinos. El Partido Socialista, no ha permanecido ajeno a esta preocupación y mientras por un lado combatía el fomento artificial de la inmigración, por otro trataba de acercar a los extranjeros radicados entre nosotros, alentándolos a enrolarse en sus filas, nacionalizarse para ejercitar el sufragio popular, a fin de que nuestros principios fueran un día, una magnífica conquista política.

¿Se le preguntaba acaso, a esa enorme masa de hombres extranjeros que se enrolaron en los Centros, si sabían leer para admitirlos? Los repudieron alguna vez? No. Los recibían con la conciencia de que eran útiles, de que su acción relativa por la falta de educación cultural, podía ser de provecho y porque en nuestro medio político, en unión de los compañeros que más inteligencia tenían, por reflejo, irían iluminando su cerebro dormido, y asimilando nuestras ideas de política social.

Hoy, al variar este principio, al querer restringir su venida al país, damos máquina atrás y nos hacemos pasibles de una crítica y repudio general, de aquellos analfabetos o de los hijos de éstos que militan en nuestras filas, y buena razón tienen para ello.

Los afiliados a los Centros del interior del país, deben estar lógicamente con esta idea.

Ellos que conviven y actúan con la mayoría de los analfabetos que el país cuenta, deben sentirse empujados ante una cláusula tan poco generosa del programa mínimo del Partido Socialista, que ha de restarles pronto elementos sanos y de suma utilidad para el desarrollo de sus Centros. Y ¿cómo no ha de ser así, si es a esos analfabetos mismos, a los cuales se dirigen para elevarlos moral e intelectualmente en el ejercicio de sus derechos ciudadanos, para que sepan mejor discernir en la elección de sus representantes populares? ¿Con qué derecho podrán mañana, en nombre de la clase trabajadora del país, solicitar el voto a esos extranjeros analfabetos, radicados en una comuna de Mendoza, Tucumán o Córdoba, que figuren en el padrón comunal, si por otro lado el Partido Socialista, en su carta magna, en su programa de acción política inmediata, quiere restringir la llegada al país de los analfabetos? No. Esos centros no pueden ni deben lógicamente y prácticamente sustentar ese principio.

Y, por razones éticas, estamos contra ese principio, y hasta por razones sentimentales, y no sentimentalistas, como pudo creer el mien-

MI PUEBLO

bro informante de este punto en el Congreso de Córdoba.

Las razones éticas podríamos fundarlas tomando las estadísticas sobre población de nuestro país, tarea que por lo larga, la suprimimos, pero dejamos establecido que el por ciento de extranjeros que pueblan las chacras y granjas de todo el territorio argentino, es muy superior al por ciento de los alfabetos.

Y las razones sentimentales son las de todo hijo de analfabeto.

Para el sentimiento humano, es una gran suerte que nuestros ascendientes se encuentren en tal situación, pues con ello podemos demostrar, que su rara ignorancia, no ha sido óbice para que nosotros aprendiéramos a leer, a sentir y a trabajar, y para alegría de ellos en su desgracia, nuestros conocimientos intelectuales, los alentaron para hacer pródigas y promisoras estas tierras, a los lindes mismos de la Capital Federal que, de seguro, no habrían venido a poblar, los que hubieran llegado al país, con un mayor bagaje de inteligencia y educación.

El resto de la república, allá en aquellas regiones distantes y distintas por razones climáticas, es el extranjero analfabeto el que va a poblarlas, y en las provincias ricas en agricultura, como Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, los primeros "pioners" que fueron a roturar sus tierras, a llenar los surcos de caras simientes, los que hicieron de ellas, emporios de producción, fueron analfabetos. Hoy, sus hijos continúan la obra empezada... Tal vez más inteligentemente; pero siguiendo el ejemplo de sus antepasados.

Queda mucho territorio que poblar. Los hombres que deben emprender esa tarea, no pueden salir de los talleres, liceos escolares o universidades europeas. Vendrán para ese menester, los menos preparados, los que, relegados al trabajo duro e ímprobo de las tierras exangües de Europa, no pudieron cursar los grados infantiles para obtener el don de saber leer. No traerán en sus maletas, la pluma y el libro que educan y elevan las clases sociales, pero traerán consigo la azada simbólica, que volteando yuyos, transformará nuestras planicies incultas en campos de promisión.

Démosle paso. No les cerremos las puertas de nuestro hogar, pues tarde o temprano será provechosa la obra que ellos o los frutos filiales de los mismos realicen en provecho nuestro.

Tomás J. Scaglia.

¿Qué es lo que he aprendido en mis largos viajes al otro lado de los Alpes y al otro lado del mar?

Bien poco. Que la humanidad es monótona como la Naturaleza. Monótona en su perfidia, perfidia impuesta por el aguijón de la necesidad. No he aprendido otra cosa, y para eso he cogido una neurastenia gástrica, y además un médico me descubrió cierto día un foco, un hogar de bacilos, en el pulmón izquierdo. Yo había renegado siempre del hogar, y el hogar entraba en mis pulmones.

La humanidad, pues, es monótona. Pero en esta desesperante monotonía de caracteres generales, acúsase alguna peculiaridad digna de mención que distingue a una raza de otra, a unas de otras naciones.

El pueblo francés es el más ligero, el más débil, el más vanidoso de todos los pueblos. Prestó un pequeño servicio a la humanidad con la revolución, pero después, durante más de un siglo, ha arruinado a la humanidad con el ejemplo de sus relajaciones. En arte, en política, en costumbres. París ha llegado a ser la escuela de baile de la humanidad, y ha vendido extravagancia y decadencia a todo el mundo por espacio de un siglo.

El pueblo ruso es un pueblo oriental, budista en el alma: siempre pasivo. Sabe solamente sufrir: no sabrá nunca crear. Ni siquiera cuando parece que se pone a la cabeza del movimiento humano. Su revolución es Lenin. Los rusos son soñadores capaces de volverse fieras, o de subir las gradas del martirio con la misma tranquila indiferencia.

Los dos pueblos más fuertes y más sanos son el americano y el alemán. El americano, porque resultó de una selección de pillos de todos los continentes. Alemanes y americanos ofrecen este rasgo del todo simpático; han abolido en cuanto les ha sido posible, la mentira. Por eso son mal educados.

El pueblo italiano es, por el contrario, el más hipócrita del mundo. Es un pueblo que hace sus negocios como los otros, pero un italiano propondrá siempre un negocio hablando de amistad y de confianza. No cree en ninguna de las dos, pero siempre las invoca, por hábito y por perder el tiempo.

El pueblo alemán y el pueblo americano, son fuertes. El pueblo inglés no es más que inteligente.

Mario Mariani.

TANGARUPA

ORACION DEL POETA CIVIL

por ISRAEL ZEITLIN

A pie, con el corazón ligero, huella la vía pública y se me llena lobac de canciones.

Brazos de amante me tiende la ciudad y mis ojos la acarician con la más dulce de las miradas.

Me hundo en el seno de la urbe, como un pájaro en la azul inmensidad, y la urbe, con el estrépito de su fébril actividad, me unge poeta.

Porque yo he desentrañado su destino y se de la angustia de sus días uniformes y de la efímera claridad de sus criaturas.

Hay quienes forjan poemas con suavidades de espuma, al horno de rosas del sol, a la cabeza monda de la luna o a los pies diminutos de la amada. Y esos poemas son como cántaros, más sonoros cuanto más vacíos.

Yo cultivo mi jardín y mi canto es único y polifónico como el arco iris después de la tempestad.

Y ya lo aguzé como un puñal o lo forjé trémulo como un sollozo y vibrante como un trompo de música, siempre es un hombre el que desnuda su espíritu. Y resuena mi voz, viril como un puñetazo.

Yo digo las palabras tal como brotan de mi corazón y rehuyo la tortura del acicalamiento porque en la amplitud del orbe repereuten los clamores de la masa anónima e innumerable que implora justicia. Y hay que ser raudos y decididos porque la hora es de acción y no de literatura.

Una parábola es la representación gráfica de un pensamiento. Trazémosla:

En un lejano país — no por lejano distinto a los demás países — vivían, un poeta *máximo* y un poeta *mínimo*. El poeta *máximo* era venerado por el pueblo porque se expresaba en un lenguaje esotérico y ampuñoso, que nadie entendía pero que todos admiraban. El poeta *mínimo*, en cambio, empleaba un lenguaje claro y sencillo, asequible a las mentes más rudimentarias, pero era despreciado por el pueblo por una razón simplísima: usaba sus mismas palabras. Y según los sabios varones que allí oficiaban de *críticos*, el artista debía adornar su pensamiento con imágenes chisporroteantes y cláusulas rotundas.

Además, el poeta *máximo* no se prodigaba a las multitudes. Y solo descendía de su torre en ocasiones solemnes, para leer el producto de sus laberintos en la Plaza Mayor, custodiado por una escolta de coraceros. Esto ocurría una o dos veces al año, pues según sus propias declaraciones, para cada poema que componía, se tomaba seis o siete meses de tiempo, para pulirlo con devoción de orífice y poder así presentar al pueblo una joya perfecta.

El poeta *mínimo*, en cambio, convertía cada

banco de plaza en una tribuna, se mezclaba con la *plebe*, pontificaba en las cantinas, en los mercados, en las casuchas del suburbio, editaba un periódico desde el cual lanzaba sus diatribas a la plutocracia, pasaba días y días en la prisión, pero sobrellevaba todos los infortunios con estoicismo, pues su amor por los humildes era tan ingente como inquebrantable; aunque ellos oían sus palabras con la más absoluta indiferencia.

Un día — todos los cuentos tienen su día — hubo un inusitado revuelo en la plaza Mayor. En medio de un inmenso gentío, el *pregonero* real clamaba con voz de trueno: "Equis, nuestro vecino país, pretende que le devolvamos la provincia de Erre, anexada a nuestro territorio, por legítimo derecho de conquista, durante las guerras del siglo pasado. Nuestro *excelentísimo Soberano*, no puede atender esas absurdas reclamaciones y os convoca a las armas, ciudadanos y patriotas, para que defendáis nuestros derechos. Alistáos pues para..."

— "Asesinos, canallas. Quieren alfombrar con nuestros huesos..." —; no lo dejaron concluir y, cuatro gendarmes, mientras le molían las costillas a palos, arrastraron al poeta *mínimo* a la mazmorra.

Restablecido el orden y dispersado el gentío, un grupo de vecinos, los más caracterizados de la población, resolvió presentarse al poeta *máximo* para obtener su autorizada opinión en esta trascendental emergencia.

El poeta *máximo* les respondió que se tomaría el tiempo necesario para emitir sus puntos de vista y mientras tanto pediría al gobierno, ante quien gozaba de un enorme prestigio, que aplazara la movilización.

Pasaron días, semanas, meses y el poeta *máximo* no se hacía oír. Sin embargo circulaban halagüeños rumores: ya había concluido de ajustar los períodos y ahora estaba dedicado a flexibilizar las cláusulas.

No obstante, el tiempo urgía, pues el vecino país estaba sobre las armas y aguardaba la primer ocasión para lanzarse a la lucha.

Y no se hizo esperar mucho. Una noche, en tanto que el país estaba entregado al sueño, confiado en el luminoso dictamen de su poeta *máximo*, las tropas de Equis lo invadieron. Sus clarinadas resonaron estridentes en el nocturno silencio, sobresaltando a los pobladores y, mientras la tropa somnolienta se aprestaba a la defensa, los del vecino país inexorables como el destino, hicieron una carnicería indescriptible; los clamores de las madres y de los niños se unían al estrépito de las charangas que al son de sus marchas bélicas impulsaba a masacrar a la indefensa población.

Pasaron los días. Los equisenses se llevaron

LAS PALABRAS CRUZADAS

(UNA NOTA DE ACTUALIDAD)

Siempre hay algo o alguien — de condiciones muy inferiores, generalmente — que atrae la atención del público. Un día es un pugilista como Firpo; otro, un caballo como "Botafogo"; otro, algo peor aún, un príncipe como Humberto Saboya... Ahora tenemos las palabras cruzadas, que constituyen la manía de moda en la actualidad.

¡Las palabras cruzadas! ¿Quién no ha oído hablar de ellas? ¿Quién no las ha visto destacarse, con sus cuadritos negros simétricamente dispuestos, una infinidad de veces? Para lo primero fuera necesario padecer de incurable sordera. Para lo segundo, carecer del don maravilloso de la visión o vivir al margen de los diarios sucesos.

Hablemos, pues, del mentado entretenimiento y digamos acerca de él lo que decir se debe: no hacerlo sería cometer un delito de lesa periodismo.

Las palabras cruzadas han tenido el poder — no alcanzado siempre por muchos sabios de verdad ni por muchos escritores de mérito, — de verse prohibidas por los más grandes — si nos atenemos al número de páginas — rotativos del país. Periódicos que dedican cuatro líneas — si las dedican — a reseñar una conferencia, a informar acerca de una exposición artística, a comentar una nueva obra literaria o bien a tratar un tema cultural cualquiera

destruidas por la invasión. Y el poeta *máximo* descendió de su torre inexpugnable, con un su provincia y el sol de la paz se alzó sobre aquel cuadro de desolación, iluminando la montaña de cadáveres y los escombros de las casas pergamino en la diestra y leyó:

"La vida que debería ser dulce como el son de un camarillo pánico, es amarga como un verso de Baudelaire. La guerra es la trágica encarnación de esta era de chaceales hambrientos. Hijos míos, evitad el infame y cruento sacrificio. No os inmoléis en holocausto de una aberración. Yo invocaré por vosotros a *Nuestra Majestad* para que devuelva la provincia a sus primitivos dueños. Y así la mansa y pálida Selene seguirá iluminando con sus piadosos y argentados rayos, nuestros valles fértiles y nuestras campiñas pródigas, como un signo de paz y de amor. Así sea".

Mas, cuando alzó la vista para contemplar al auditorio, enmudeció de espanto; lo componía: un niño ciego, cinco hombre horriblemente mutilados y dos ancianos moribundos, que sonreían levemente, aureolados por el sol, que bajo la comba celeste, silencioso e impasible, se hundía en un charco de sangre...

Buenos Aires, 1925.

Israel Zeitlin.

a desarrollar un grave problema social, no vacilan en consagrar media página a este soso pasatiempo. ¿Pasatiempo? "Pierde-tiempo" debiéramos llamarlo y quedaría denominado con más propiedad y con acierto mayor.

Porque, realmente, las palabras cruzadas, más que original creación de un pueblo que vive a la caza afanosa y egófica del dólar, parecen salidas del país de los fakires o de cualquier otro país de cachaza inmensurable... Son nocivas, verdaderamente nocivas. Personas pacientísimas conocemos, capaces de dedicar horas enteras a descifrar una de esas toftas charadas. Gente hay — que antes rara vez tocó un libro — que hoy manosean de continuo, con afanoso empeño, diccionarios, tratados y enciclopedias, mas no para hallar en tales obras el sabor deleitoso de la ciencia sino sólo para encontrar una mísera palabra — la palabra, según ellos — que puede significar ya un desconocido río de Asia, ya un verbo o sustantivo determinado o ya un nombre de general famoso cuando no la científica denominación de algún insecto coleóptero... Todo revuelto, todo confusamente mezclado como en cajón de sastre... ¡Extraño turbador sincetismo en que naufraga la ciencia y sólo se mantiene a flote la erudición barata! ¡Lástima de energías mezquinamente dilapidadas! ¡Lástima de tiempo malgastado y substraído a más fructíferas actividades!

Los problemas de palabras cruzadas no instruyen, no educan. Llamar cultura — como se ha llamado — a las nociones escuetas y fragmentarísimas que tales acertijos puedan proporcionar es, simplemente, un despropósito mayúsculo que mueve a risa antes que defiende al referido "pierde-tiempo".

Por el contrario, a pesar de ser moderno, modernísimo, dicho "juego de ingenio" — así lo denominan — resulta anaacrónico en nuestra época. No marcha, no, de acuerdo con la vida actual, agitada y febricitante, en la que, a lo menos para los que no son parásitos y cumplen su deber con la colectividad, no sobra mucho el tiempo para que así se le dilapide. Por eso, las horas libres que las diarias ocupaciones dejan a cada uno, deben ser empleadas en algo que, sirviendo de distracción y descanso, redunde asimismo en beneficio intelectual para la mente. Por eso, tales horas deben ser llenadas con el cultivo de una noble afición, de buenas lecturas, de un arte si es posible — según lo aconsejan quienes aconsejar pueden por su ciencia y talento. Pero nunca con cosas tan frívolas y tan insignificantes como la que en los precedentes renglones dejamos comentada.

Luis R. Visconti.

En Buenos Aires, Junio de 1925.

CUENTOS DE LA OFICINA

DE ROBERTO MARIANI

Existe un mundo perdido, mejor dicho olvidado (todavía por descubrir), es el de la clase media. La república de los empleados pertenece a esta gente obscura y sin historia que no llegará a la importancia de la burguesía dominadora, ni tendrá los desplantes libertarios del proletariado.

Pero hay escritores jóvenes, que se aventuran en estas obscuridades vírgenes y que sin llevar la toga de los apóstoles de credos nuevos, hacen obra de predicadores laicos de la verdad. Roberto Mariani es uno de ellos. Acaba de publicar un substancioso libro de cuentos, cuyos argumentos son de oficina y cuyos héroes son esos desconocidos e inapercibidos personajes, con quienes topamos todos los días, a la vuelta de cada esquina y en los cuales no sabemos descubrir su tragedia, esa tragedia tan moderna que lo abarca todo en el mundo presente y que por su inmensidad nos ahoga y muchas veces, nos impide percibirla con íntima claridad.

Mariani nos presenta con su libro un ejemplo nuevo de literatura con significado y contenido. Achatados por esa otra literatura flaca, hueca y ehilona que solo toca la superficie de las cosas, cuando leemos cuentos de la oficina sentimos el dolor de esas vidas que pasan por la tierra, sin verificarse, no realizando más menesteres que los materiales a los cuales los condena una civilización ficticia en la cual después del oro, el mayor valor es el hombre "económico".

Triste destino el de quienes no alcanzan a percibir la luz de las auroras redentoras. . .

Por esto tiene significado el trabajo de Mariani quiere decir vale como obra de arte y como obra social.

Cinco historias (Rillo-Santana, Riverita, Uno, Toulet, Lacarregny, La ficción) componen el volumen de Cuentos de la Oficina.

Rillo es una de esas pequeñas comedias que se suceden en los bancos (en unidad de tiempo muy larga) y cuyo desenlace nos llena de alegría, de la misma alegría sana que participa Rillo cuando estando al borde de una injusticia se da vuelta la suerte y queda "encargado de la oficina" donde desde entonces habrá, para siempre, charla, alegría y no tristeza como la que vendría si queda en su puesto el señor Torres, uno de esos jefes todo respeto y autoridad, todo planchado y almidonado que más parecen espíritus militares que compañeros; víctimas también del sistema que

desgraciadamente han tomado en serio y a consecuencia, ya que no hay peor daño que el hacer bien una cosa naturalmente mala.

Santana es un retrato maestro. Podríasele aplicar este calificativo a cualquier empleado de banco... Por largos años trabaja nuestro héroe en "cuentas corrientes". Es un modelo de burócrata. Seriedad, respeto, puntualidad, honradez, etc. Toda su ciencia está en cuentas corrientes. Llega a poseer todas las habilidades imaginables. Un día misteriosamente falla la memoria y falla todo, anota un crédito de cinco mil pesos a Santos Ferrería en lugar de acreditarlos a Sánchez Ferreyra. Todo un mundo se viene abajo. El error es *colosal*, una tempestad para el Banco. Todo el mundo desfila ante su escritorio y le compadece. El hombre necesita esta compasión, en los límites de la locura vive en una turbación extrema. Si sale del Banco que hará? ¿Qué puede hacer un empleado especializado?

Después de cien mil rogativas, promesas y conversaciones, se salva! Se salva! Paga dos mil pesos, sus ahorros de la vida, producidos por años de privación, dolor, resignación... Se compromete a pagar más todavía, terminando por agradecer al gerente la conservación de su empleo.

Santana es el punto culminante del libro de Mariani como aspecto artístico y como contenido social.

La pintura que nos hace el autor es real. Un personaje visto a través de su alma cuando ambuló por escritorios y oficinas. Figura grabada por medio de un arte fuerte y serio al cual no escapan matices que así como dan relieve a la figura dan lo mismo la medida de la potencia del maestro.

Muchas reflexiones nos sugiere el libro. La clase de los empleados parece olvidada de la suerte. Estoy por decir: sino es más castigada que la proletaria, no lo es menos. Sus ideales (salvo excepciones) no han de remontarse más allá que el de un aumento de sueldos o una jubilación lejana.

La labor de Mariani coneretase a descubrir el velo, no para nosotros sino para todos esas gentes que nunca soñaron en rebelarse, aun desconformes con su suerte. Nos dice de esas tragedias que sin ser tragedias para los protagonistas lo son para nosotros, dada la comprensión y sensibilidad...

En *Uno* está pintado el dolor del hombre, miseria y enfermedad. Drama de todos los

días en las clases laboriosas, común también en la burocracia pero olvidado por el arte...

Uno puede ser otro y otro, así hasta el infinito, porque es hijo del estado de nuestra sociedad, ya que las clases poderosas han colocado en trance idéntico a esclavos y sirvientes.

La labor de Mariani está admirablemente orientada. La fuente donde siente y desde donde surgen sus dramas es virgen. La realidad es su muestra. El artista traduce una emotividad privilegiada.

Si en el camino sigue, esta obra que ahora inicia será un llamado al espíritu de esa clase tan achatada tan despreciada y olvidada.

Al leer los siete cuentos que forman el vo-

lumen nos atrevemos a decir con Mariani que: "una obra vale por la humanidad de su fondo, por su vigor humano, por su fuerza y no por la gracia... de su forma"...

Efectivamente si el libro aludido vale por su forma, vale infinitamente mucho más porque es un pedazo del mundo de los hombres proyectado por la luz de un alma que siente y grita con todas las fuerzas de su voz, el dolor de vivir, ansiando en ese mismo grito una vida más digna, verdadera y mejor.

Desde cualquier punto de vista merece ser leída esta primer obra, en prosa, de Mariani.

Alguien dijo que no tenía estilo. ¡Pero si el estilo es el libro entero! ¡Es Mariani mismo!

Juan Lazarte.

CASTILLA

El ciego sol se estrella
 en las duras aristas de las armas,
 llaga de luz los petos y espaldares
 y flamea en las puntas de las lanzas.
 El ciego sol, la sed y la fatiga.
 Por la terrible estepa castellana,
 al destierro, con doce de los suyos
 — polvo, sudor y hierro — el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
 Nadie responde. Al pomo de la espada
 y al cuento de las picas el postigo
 va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
 de eco roneo, una voz pura, de plata
 y de cristal, responde... Hay una niña
 muy débil y muy blanca
 en el umbral. Es toda
 ojos azules y en los ojos lágrimas.
 Oro pálido nimba
 su carita curiosa y asustada.
 —"Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
 "arruinará la casa,
 "y sembrará de sal el pobre campo
 "que mi padre trabaja...
 "Idos. El cielo os colme de venturas...
 "¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!"
 Calla la niña y llora sin gemido...
 Un sollozo infantil cruza la escuadra
 de feroces guerreros.
 y una voz inflexible grita: "¡En marcha!"

El ciego sol, la sed y la fatiga.
 Por la terrible estepa castellana,
 al destierro, con doce de los suyos,
 — polvo, sudor y hierro — el Cid cabalga.

Manuel Machado



BIBLIOGRAFIA

LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS



“LOS POBRES” — por Leonidas Barletta, con 12 grabados en madera de José Arato. — V volumen de LOS NUEVOS. Edición de nuestra casa.

El que escribe estas líneas ha ejercido la crítica literaria desde el primer número de LOS PENSADORES; hoy el destino le pone frente a un libro que no quisiera comentar porque su autor es su íntimo amigo, un amigo del alma, de esos que llevan un idéntico propósito; sentimientos iguales, que son físicamente semejantes y que apenas si se diferencian de uno en lo que va del pensamiento a su consecución.

Ahora bien, ¿debe abandonar su tarea por el temor de ser excesivo por afecto o debe tratar de vencerse a sí mismo para cumplir con el asiduo lector? Esto último es lo que eree y lo que lo mueve a escribir sobre el libro de su íntimo amigo, el amigo que es carne de su carne, que ríe con su boca y con sus ojos, llora y que sólo se diferencia de él en lo que va del pensamiento a su consecución.

Y no se crea el lector que ahora vamos a defender al amigo. Nada de eso. Nos hemos endurecido en el diario aguerirse para resistir el asalto de los que nos fatigan en nuestro oficio, poniendo su cariño y su amistad por escudo de la mala obra, que es como contener el castigo del adversario poniendo los niños y las mujeres por delante.

Así, seremos fríos y rigurosos, como el que más, y tampoco seremos cortos en el elogio, si lo merece, con lo que nuestra sinceridad habrá ganado la voluntad del lector que nos ha tomado por guía para seleccionar su compañero, el libro.

Hay en Barletta el deseo de contener su el escritor que opina que un cuento, para ser imaginación, que es grande y variada. Hay cuento, tiene que ser necesariamente entretenido, sea cual fuere el tema que se aborda. Es de los que piensan que no hay derecho a aburrir a la gente. Y esto lo ha comprendido de una manera exacta, de modo que cuando en sus cuentos la profundidad del pensamiento flaquea, persiste la vivacidad de la escena, la nota de color. Parece que a pesar de haberse propuesto un objetivismo que atenúa la impresión de la tragedia, casi todos los cuentos de este libro despiertan alguna emoción. Léase sino ese breve cuento que titula *Desdicha*. La angustia de ese pobre hombre que domina las fieras del Zoológico y que no puede sobreponerse a su desesperación. La mujer, se le ha muerto, la hija se le ha muerto y él cuenta su tragedia al pobre animal enjaulado. Y el viejo león lo mira y ruge porque tampoco él comprende para qué sirven los dones de la vida ya que no disponemos

de ellos. Porque, con el miedo a la muerte, que aparece en casi todos los cuentos, también nos sorprende en LOS POBRES este pensamiento.

Así el que se envanecía de saber su oficio de conductor de carro fúnebre, encuentra tan cereana la muerte; así una mujer de alma pura, que había llegado al ocaso de una vida de ensueño y de pureza, se ve impelida por la miseria y la fatalidad a ejercer un trabajo deshonesto; así una mujer que tenía un espíritu religioso, si perdonó a su dios la suma de todos los males que la aquejaron, se rebeló contra él cuando el amor le arrebató su guía y su cariño.

Parece también que Barletta hubiera querido desviar de sí la atención del lector para concentrarla mejor en los cuadros de dolor que ha hecho suceder — en rápida visión — ante sus ojos. Y por este modo su prosa no es cuidada ni perfumada. Es una prosa rústica y simple de toda simplicidad. Incluso se advierte el esforzado desco de simplificar hasta en el paisaje, hasta en los momentos espirituales que tan difícilmente se pueden escribir en lengua llana. La verdad es que tan encomiable esfuerzo en bien de la claridad, podría llegar a perjudicarlo en el futuro haciendo un tanto monótona su expresión.

Es el libro de Barletta a modo de documento histórico. Contribución a la historia del oprimido de todos los tiempos. Parte verídica de la vida de los humildes en el siglo infame que vivimos. El autor parece haberlo entendido así cuando transcribe de Isaías un versículo que dice: “Ve, pues, ahora y escribe esta “visión” en una tabla delante de ellos y escúlpela en libro para que quede hasta el postrero día, para siempre, por todos los siglos”. De manera que los hombres de hoy y de mañana compararán sus vidas y verán cómo se vivía en la podredumbre y en medio a la indiferencia general.

Barletta, coincidiendo con los autores que le han precedido, sin sectarismo de ninguna clase, por moralidad está de parte del oprimido y tiene un grande anhelo de justicia. Siente como en carne propia la vida de los pobres en sus distintos aspectos. Los mendigos, los soldados, los asesinos; aquel que enloqueció porque no pudo soportar su dolor, éste que se quedó solo en el mundo teniendo por única compañía un acordeón de boca. Y esto es lo que nos cuenta sencilla y amargamente.

Pero el lector, a medida que ha ido volviendo las páginas del libro de mi amigo, se ha visto sorprendido por los grabados de José Arato. Al principio, el ojo acostumbrado a las líneas suaves y femeninas de los dibujos del día, ha chocado con la aspereza del dise-

ño; pero en seguida ha surgido la triste belleza del grabado y se ha comprendido. Más ha mirado y más neó y preciso el espíritu del grabado se le ha metido por los ojos. Y mirando las trágicas figuras se ha anticipado a la emoción que el cuento le despertará. Y en estos grabados de José Arato el suburbio ha adquirido la negrura espesa y triste de esas horas que afinan los nervios de los locos, que llenan de melancolía el alma de las mujeres y de arrepentimiento el corazón de los hombres. Y entonces uno sabe que estos que llevan una caja de muerto, caminan también ellos hacia las propias fosas, y lo sabe con esa claridad que nos hace sudar frío en medio de la noche, cuando vemos que el tiempo no tiene medida y que el instante que dura una sonrisa también se lo hemos entregado a la muerte. Y nos llenamos de espanto cuando vemos aparecer esas deformes criaturas con todos los estigmas de una miseria terrible, mirándonos con unos ojos acusadores, unos ojos que son una acusación ilevantable, unos ojos que parecen decirnos agriamente: Mira, mira lo que hiciste de tus hermanos.

"LLUVIA LIGERA", por Silverio V. Vázquez.

Por tratarse de un primer libro, este que comentamos en un libro bueno. Ha visto la luz en Tandil y es notable el caso del provinciano que no cultiva el floripondio. Este es un libro bueno. Un libro agradable, espontáneo, sencillo. A veces adquiere matices inesperados y conceptos profundos, siempre dentro de una forma graciosa y correcta. Dice en "La Orientación":

Yo no bendigo al martillo
a trabajar consagrado
que si hoy forja un arado
mañana forja un cuchillo.

Pero bendigo al colmillo
por fuerte y por afilado,
que sólo fué fabricado
para herir como el cuchillo.

El hombre es como el martillo,
trabaja desorientado,
debiendo ser afilado
y fuerte como el colmillo.

Lo transcripto no es lo mejor del libro sino lo más característico. Puede el lector colegir por la muestra que *Lluvia ligera* es un libro que merece ser leído, en esta época en que la poesía ha quedado a la altura de las palabras cruzadas, después que la lamieron y babearon, por orden cronológico, románticos y futuristas.

"ESTUDIANTINA". — Revista de estudiantes de La Plata.

Es siempre simpática la iniciativa de los estudiantes de editar revistas y periódicos que contribuyen de alguna manera a relacionarlos con las fuerzas intelectuales del país. Esta que nos ocupa tiene, si hemos de atender su programa, el doble mérito de querer "desperar

el alma de los jóvenes de nuestras casas de estudio y hacerles sentir la inquietud dinámica de la hora presente."

No nos resta — al retribuir su cordial invitación — más que augurarle que los buenos propósitos que la animan sean mediante el esfuerzo de sus colaboradores una cercana realidad.

DEL RESGUARDO

Se asegura que un señor Canop será nombrado reemplazante del señor Pedro Barnetche, inspector que se jubilará el próximo mes de junio. Sería interesante que tal cosa ocurriera. Ese nombramiento nos produciría el mismo efecto que si se efectuaran estos otros: Saccomano, director de la Penitenciaría Nacional o Peteneilo, de la Casa de Moneda.

El señor Lupo dejó cesante en sus funciones de guarda en comisión para las que lo había designado, a un peón supernumerario sin garantía alguna — a los guardas de verdad se le exigen \$ 5.000 — y el mismo señor Lupo al mes de tal cesantía y cuando en vez de desaparecer las causas de aquella aumentan, vuelve a nombrarlo. Esta gravísima inmoralidad solo se le puede ocurrir a un hombre atrabiliario y neurasténico. No es posible conceder las delicadas funciones de guarda a sujetos procesados por harto, ex contrabandistas en Barraeas y delinquentes en todos lados.

Un señor Grillo, por el solo hecho de ser sobrino del Administrador señor Lupo, fué ascendido a Vista de Aduana; otro Grillo más, hermano del anterior, es empleado de múltiples funciones aduaneras y se dedica especialmente al espionaje nocturno; un jovencito de veintun años fué nombrado peón supernumerario y en un año llegó a inspector, pasando así por más de doce categorías por el solo hecho de ser amigo y algo pariente del señor Lupo; y muchos otros casos más prueban el enorme desquiciamiento a que ha llevado a la Aduana el señor Lupo, y prueban de paso un caso de irritante nepotismo.

El jefe del Resguardo parece autorizar la salida de bultos sin verificar. Así surge por lo menos de una nota firmada por varios inspectores. Y lo peor del caso es que, generalmente, esos bultos salen por el destacamento de Dársena Norte, donde actúa como despachante un señor Viñas que se dice socio de uno de los hijos del señor Jefe del Resguardo...

CARTAS ABIERTAS

NADIE SE HA DE MOLESTAR POR LO QUE AQUI SE DIGA CON UN POCO DE BUEN HUMOR

A. R. B. — Su carta nos confirma en nuestra prédica diaria. Lo que Vd. piensa es lo que nosotros pensamos. No debe Vd. deplorar absolutamente nada, porque se trata de un chiste como Vd. bien pudo colegir.

A. G. — Es, como Vd. dice, "con la sana intención de tomar el pelo". Además, queríamos que el lector tuviera una muestra de lo que provocaba nuestras críticas.

S. S. P. — Su "obra en verso pronta a terminarse", es un poco nebulosa porque Vd., a pesar de su convicción, no ha salido de ese "marasmo" de que nos habla. "La desenvoltura que envuelve al ente" y "las corrientes corruptivas de la selva del pensamiento" nos lo prueban de una manera terminante. Usted debería aliarse con los que todavía están dentro del "semi-marasmo intelectual". Los de Proa, Martín Fierro, etc. ¿Por qué no participa de la revista oral que fundan en este momento el director de Eldorado y Evar González Méndez? Bueno; que se mejore!

V. A. F. — Gracias por sus palabras de aliento. Sus versos son originales pero carecen de toda forma. Ensaye la prosa y no se preocupe de la originalidad. La originalidad no consiste en decir cosas más o menos exóticas sino en poner sinceramente el propio pensamiento en el papel.

H. Z. — Sus versos no conciben con sus ideas. No se los publicaremos y mañana, mañana Vd. nos lo agradecerá. Esto no quiere decir que Vd. no valga intelectualmente. Ensaye diversos géneros hasta dar con su verdadera vocación. Nos ha hecho gracia el párrafo de su carta que dice: "leyendo *Los Pensadores* me he figurado ver la cara de los azotados por la revista, caras de patibularios sorprendidos". No lo crea. Aquí se dejan azotar y... ¡tan frescos!

A. S. I. — Su carta es muy justa y razonable. Se le quiso decir que Vd. en su prosa seguía el camino de la poesía romántica, que ya ha pasado. Como Vd. ve, un error de interpretación debido a una frase ambigua. Por lo demás nosotros no juzgamos las colaboraciones sino desde nuestro punto de vista y lo que para nuestra revista no está bien puede tener cabida en publicaciones de otra índole. Perdone.

P. S. S. — *Rosario*. — Si Vd. quiere gustar del fruto prohibido de esa señora, aunque sólo sea por un minuto, no pierda el tiempo haciendo versos. A las mujeres le gustan los hombres que ganan dinero a montones y los que hacen ejercicio físico. Además, si el marido de esa señora se entera de sus versos, puede romperle el estro de una patada.

A. T. M. — Trate de relacionarse con un tal Borges y léale su soneto. Vd. que rima *añil* con *añafil*, será su secretario.

H. C. — ¿Cómo pretende que le publiquemos "algo semejante a versos"? Trabaje como nosotros trabajamos y gánese con su esfuerzo los honores de la publicación. Luego tenga Vd. cuidado con su manera de expresarse. Al decir: "por hoy no puedo obrar", la mujer a quien le dedica su poema, le puede enviar un purgante.

B. N. — No está mal su cuentito; pero, así, aislado, no tiene objeto su publicación.

A. H. — No está mal su simplismo. Persista y no viva pendiente de Gómez de la Serna. Con el tiempo Vd. puede llegar a ser algo. No se desanime.

F. C. — Su drama en un acto, está en lectura. Ya se le escribirá.

Fotofil, Capital. — *La voz de las tinieblas*, ni la hemos visto, ni la hemos oído, ni la podemos entender por ninguna parte; por lo tanto puede Vd. imaginarse dónde fué a parar.

R. L., *Río Cuarto*. — Las páginas de ilustración se publicará siempre que nos sea posible. Si lo que Vd. nos remita es publicable, a nuestro juicio, con mucho gusto ocupará estas páginas. En cuanto a los consejos literarios, creemos que Vd. mismo debe ser su mejor consejero, si se dedica a estudiar buenos libros.

C. J. T. — *Intención frustrada*, es un trabajo que no está de acuerdo con esta revista.

J. A., *Flores*. — Sus *Vidas Divergentes*, no tienen en el relato que hace Vd., el valor literario que el argumento necesita, por cuya causa no se publican. Otra vez haga Vd. sus vidas individuales, porque el tiempo no está para hacer gemelos.

Doña Teresa M., *Buenos Aires*. — Si en *Ideas* le publicaron a Vd. su trabajo *Medias Madres*, confórmese. En La Plata son capaces de publicar las novelas de Hipólito Irigoyen, porque allí ni el astrónomo Isidoro Campos, que pronostica *movimientos terráqueos y lluvias aisladas en el globo*, ve en las "noches claras y calurosas una espiral de humo que es como un puño crispado en alto... hasta pegarse al techo. En esta masa compacta, aparecen, como engarzados a punta y golpe (?) dos ojitos de niño que ríen y lloran a la vez".

Aquí, Martín Gil nos abrió los ojos hace tiempo, y nos recomendó que le publiquemos a usted algún escrito que esté bien y sea inédito.

J. M., *Capital*. — Su *Epitogo*, epilogó en el canasto.

F. L. M., *Posadas*. — *El hombre que sacrificó su corazón*, es un cuento muy flojo y desproporcionado. Unos párrafos están muy bien y otros son demasiado incongruentes y extemporáneos. Tal vez que si Vd. lo puliera, quedaría en condiciones de publicarse, puesto que el plan es bueno. Desarrollélo mejor y sacará, buen partido.

M. F., *Zárate*. — De "El dolor de vivir" de F. J. Amaya, sólo podemos informarle que es una novela kilométrica en la que se aboga por el divorcio. Su valor literario no ha llamado la atención a nadie.

:: BIBLIOTECA CIENTIFICA ::

Volumen II. — Impotencia y esterilidad sexual, por el Dr. Carlos Lacussen. Vol. III y IV. — La educación sexual de los jóvenes, por el Dr. Mayoux. Vol. VI. — El amor y el apetito sexual, por el doctor Augusto Forel, y El delito de besar, por el doctor José Ingenieros. Vol. VII. — Pintura del amor conyugal, por el doctor Venette. Vol. VIII. — Higiene del matrimonio, por el doctor Rosch, y Etica sexual, por el doctor A. Forel. Vol. IX. — El arte de tener hijos, por el doctor L. Sossiac. Vol. XI. — Enfermedades Sexuales, por el doctor Daniel Sánchez de Rivera y Moset. Vol. XII. — Hacia la cultura sexual, por el doctor Lázaro Sirlin. Vol. XIII. — El Amor Fecundo, por el doctor Juan Escalante Escandón. Vol. XIV. — La Prostitución, por los doctores Alba y Jiménez. Vol. XV. — La mujer y el niño, por el prof. Escipión Sighelo. Vol. XVI. — La Ciencia, por Camilo Flamarion. Vol. XVII. — La Radiotelefonía Vulgarizada, por J. J. Escanciano. Vol. XVIII. — Higiene sexual del soltero y la soltera, por el doctor T. de R. Climent. Vol. XIX. — ¿Es contagiosa la tuberculosis?, por el doctor L. D. Romero, y ¿Estoy sano o enfermo?, por Luis Kubne. Vol. XX. — La vida sexual, por el doctor Dupuy. Vol. XXI. — Semillas de oro, por J. Krinshamusti. Vol. XXII. — Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio, por el doctor Augusto Forel. Vol. XXIII. — Fenómenos sexuales, por el doctor V. Suárez Casañ. Vol. XXIV. — El matrimonio, el divorcio y el adulterio, por el doctor Vargas Marty. Vol. XXV. — Profilaxia de las enfermedades sexuales, por el doctor D. Sánchez de Rivera. Vol. 26 y 27. — La mujer en el amor y en la voluptuosidad, por el doctor E. Tairens Drangs. Vol. 28. — La muerte y su misterio, por Camilo Flamarion.

LOS POBRES

Libro de cuentos por

Leonidas Barletta,

ilustrados con 14 grabados en madera
por JOSE ARATO.

Este libro, que acaba de ponerse en
venta, contiene los siguientes cuentos:

Los Pobres.
Relevo de media noche.
El organillero.
Amigos.
El sepulturero loco.
La muerte.
Evadidos.
El trabajo de la vieja Milagros.
La armónica.
Desdicha.
Gramiya.
Via Cruces.





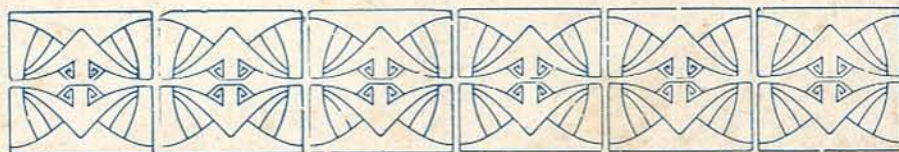
PIDAN 

“**QUILMES**

 **DE** 

INVIERNO “

La mejor cerveza para la estación



Impreso en los talleres gráficos de M. Lorenzo Rañó, Boedo 837, para la «Editorial Claridad»